

LA IGNORANCIA  
LIBROS

LA HISTORIA  
DEL NIÑO  
CABRÓN  
QUE SIEMPRE  
DECÍA  
NO

JAVIER  
HERRERO

1

NOVELA





Javier Herrero

La historia del Niño Cabrón  
que siempre decía NO

LA IGNORANCIA

# LA IGNORANCIA LIBROS

La historia del Niño Cabrón que siempre decía NO

© Javier Herrero

Depósito legal: M 76037-1998

Primera edición en La Ignorancia Libros, septiembre 2015

[www.laignoranciareta.com](http://www.laignoranciareta.com)

[facebook.com/laignorancia](https://facebook.com/laignorancia)



Todos los derechos pertenecen a su autor. Se permite la reproducción, citando a su autor y sin uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.

## Índice

- 7 Primero
- 14 Segundo - Monjes
- 22 Tercero - Revueltas
- 32 Cuarto - La gotilla
- 40 Quinto - El Museo
- 46 Sexto - El sueño
- 51 Séptimo - Desapariciones
- 55 Octavo - La destrucción del mundo
- 60 Noveno - La conversación entre los niños

**"Te lo advierto, esto es un trabalenguas"**  
(Matiús Clifton Din, en la presentación de sus galas)

## Primero

—¿Has visto cómo se mueve mi dedo?— le dije a Azopito con el fin de embaucarle una vez más en otra de mis recurrentes ocurrencias surgidas al compás del número de bebidas ingeridas. Mientras, señalaba el dedo en cuestión, presa de un insidioso pero simpático tic.

—Ya lo veo, ya...— dijo obsevándolo con cierto aire meditabundo. —Parece que no siguiera el momento en el que estamos y viviese en un tiempo propio. Se mueve anacrónicamente.

—Y quizás con algo de arritmia— completé, alegre de que tuviéramos ya un tema del que hablar.

—Como los destinos.

—¿¡Qué destinos!?— vociferé en voz baja. Me alarmó el repentino cambio de tema.

—Los de nuestras vidas—, exclamó, tan relajado que parecía ausente.

—...no entiendo—, insistí, pues el mutismo de Azopito parecía haberse hecho fuerte en su expresión.

—Estamos algo oscurecidos por una somera condena—, comentó al cabo de unos instantes y de un par de tragos a su bebida.

—¡Pues sí que estás tú bueno! Parece que insinúas que vivimos algo... ¿determinados?

—No, no es exactamente eso, aunque pueda parecerlo. Tenemos la intensa e innegable sensación de poseer una particular capacidad de elección, pero eso no es cierto. Parece que elegimos, que podemos decidir nuestro propio futuro y que nos movemos por y hacia donde deseamos. Sin embargo, no podemos prever las situaciones en las que nos hallaremos más adelante. Aunque demos los pasos para ir hacia un punto en particular, el azar, la casualidad y el accidente siempre acaban modificando nuestra intención original

—Ahora sí que no te entiendo nada de nada— le dije, sólo por decir algo, pues mi expresión explicaba a todas luces mi desconcierto.

—Por ejemplo, ¿cuándo te has descubierto a ti mismo, Favier, en un estado que no sea el de celo permanente? ¿Puedes decir que no serás presa del deseo cuando este se te presente?

—Ya veo por dónde vas...

—Estamos siempre tras de las Sinforosas para desfogar nuestros permanentes ardores. Elegimos a ésta o quizás a aquella, pero no sabemos quién va a ser antes de hacerlo ni porqué acabamos decidiendo de tal o cual manera, o, incluso, por qué tenemos que decidir. ¡Y no podemos evitarlo!

—Y después nos deja y se va con otro. ¡Já! Estás de bajón y eso que dices suena un poco fatalista. ¿No será que no decidimos nosotros solos y que ellas tienen algo que ver en ese asunto del que hablas? Es cierto que parece que no podemos decir que no cuando se nos presenta una ocasión, pero de ninguna manera creo que sea una inclinación impuesta como un castigo. Es una... tendencia biológica. A la que, por otro lado, no pareces hacerle ascos cuando te surge—, le azoté sin piedad. —No por nada somos como somos—, completé mi argumentación.

Azopito se revolvía entre nervioso y alegre, como arañándose por placer en su cabeza a la búsqueda de alguna otra agudeza perfectamente genial, como, por otra parte, lo eran todas... o así lo creíamos entonces. Mientras, algo de alcohol endulzado con algún sabor insano y refrescado con algunos fríos recorría el corto camino que había entre el vaso y su garganta, supurando de paso las heridas, no confesadas abiertamente, pero conocidas por todos, que su separación de Laur le había provocado.



El Paf era uno de aquellos fatigosos lugares que solíamos frecuentar casi todos los días. Un lugar lleno de gente sorda que hablaba a gritos ante la imposibilidad de escucharse normalmente por su voces apagadas por la casi atronadora música que le daba ambiente. El tabaco, cuyo humo se repartía más o menos por igual por todos los lugares menos por mis ojos, que lo concentraban, y el alcohol, de todos los colores y efectos posibles, eran los argumentos de consumo de aquel espacio de apariencias siempre animada, luces recogidas y un aspecto estético que probablemente no querríamos ver a la luz del día.

Evidentemente, no era un sitio muy cómodo, ni siquiera agradable -era más bien horroroso-, pero por alguna extraña razón se había convertido en el lugar donde en aquel tiempo nos reuníamos un rato a charlar -a vociferar- de absurdos, nuestro tema más habitual, reirnos de no se sabe bien qué y tomar alguna o algunas copas. Lo que nos servía de excusa para salir de casa y despejarnos de las intensas emociones del trabajo, que, la mayor parte de las veces, se reducían al aburrimiento y a la monotonía.

—Feliz tú, que eres tan conformista— me espetó Azopito, incrédulo y con sorna. —A veces desearía romper esa norma biológica, como tú la llamas. Es la imposibilidad de hacerlo lo que me hunde en la más exasperante miseria.

Azopito elevaba teatralmente su mano izquierda y con la derecha se pulsaba el corazón. Sus palabras, teñidas de seriedad en el fondo por el reciente desamor sufrido, no eran más que un vehículo de la risa en la forma.

—Hay momentos— continuó —en los que, aunque me abrace cálidamente una húmeda Sinforosa querría no tener que copular con ella.

Un rápido y sarcástico juego de miradas y sonrisas se cruzó entre nosotros y estranguló su discurso, lo que le hizo cambiar de tono.

—No pienses mal— me miró furioso. —No digo esto porque no me guste estar con ellas, sino por no poder evitarlo. Al final siempre acabo escondiendo la cabeza, como un faisán ruboroso, esplendoroso, entregado... Muy agradablemente, eso sí.

—Es lo que suele pasarle a los truhanes y buhorenos— decidí decirle, no sé bien porqué, quizás por algo de envidia no reconocida hacia Azopito, que, pese a sus fracasos amorosos, tenía, al contrario que yo, la oportunidad de tenerlos. Esto, no obstante, sirvió como paréntesis en nuestra conversación. Lo justo para pedir otras copas.

En el proceso de aprovisionarme de nuevos mejunjes líquidos, tuve una ligera pelea verbal con una especie de persona que, hablando muy pegado a mí, pretendía advertirme de que él había llegado antes a la barra y yo no podía pedir mi consumición hasta que él no lo hubiera hecho, cosa que no parecía que fuera a hacer. Se agitaba mucho, se subió la bragueta que tenía bajada, me tocaba continuamente y no tenía dinero, así que opté por no hacerle caso. Me tachó de indeseable y, acto seguido, me preguntó si tenía drogas y le invitaba a algo, pues, inesperadamente, parecía que ya éramos muy buenos amigos. Seguí ignorándole, excepto para separarme de él, cogí las copas y volví con Azopito, que parecía poco interesado en la unilateral conversación que el ebrio individuo de la barra había mantenido conmigo. Lo cierto es que ese tipo en cuestión no hacía ningún mérito para preocuparse por él. Era el individuo perfecto para olvidarse de él.

¿Qué estaba diciendo?...

—Otro cigarrito...— se propuso Azopito al tiempo que recibía con gratitud los nuevos vasos de Segoviano y cola.

—¿No estabas dejando de fumar?— le acusé, con bastante mala baba. —Y van... ¿cuántas veces has querido dejar de fumar?

—¡Maldito!— dijo, dirigiéndose tanto al cigarro como a mí. Al pitillo le dio una profunda chupada. A mí no.

—¿Cuántas veces te he dicho que lo dejaría?— continuó. — Ya ni me acuerdo. Nunca aguanto mucho tiempo sin fumar. ¡Mira!— gritó pletórico —mira cómo fumo— y fumó y fumó y fumó una vez más, sin solución de continuidad. —La última vez que lo intenté, estuve casi dos semanas alejado de la tentación, pero el pecado no logró salir de mi cuerpo. Llegué a un estado cuasi-místico en el que la sólo visión de un fumador despertaba en mí una incontenible tentación de asesinarlo, de empalarlo y de abrasarle los pies con un soplete de fontanero.

—Curioso, curioso...— opiné, casi sin poder contener la risa.

—Pero, claro, esto no podía detenerse ahí. La necesidad que mi cuerpo tenía de nicotina tuvo más fuerza que la dura cruzada, nunca suficientemente valorada por vosotros -¡canallas!-, que estaba llevando a cabo en contra del tabaco. Mi situación se tornó calamitosa: devoraba los estancos, asaltaba violentamente a las personas para pedir un cigarro y, cuando lo conseguía, arrepentido, lo tiraba a la más cercana alcantarilla que encontrara, escupiendo tres o cuatro veces, de lo que, después, también me arrepentía. Llegué, incluso, a planear un perfecto y espectacular robo a Tabacalera, s.a. con el fin de aprovisionarme de tabaco en cantidades suficientes como para desear un cigarrillo, tirarlo a una alcantarilla, escupir tres o cuatro veces, y, de arrepentirme, tener siempre otro cigarro de reserva.

El humo que soltaba Azopito, quizás animado por el tema del que hablaba, parecía entretenerse en hacer cabriolas y piruetas en el aire, justo delante de nosotros, demostrándonos prácticamente su capacidad de transformación y de impedir una vez más que respirásemos con normalidad. Lo hice huir haciendo aspavientos con la mano.

—Si alguna vez te decides— propuse a Azopito —cuenta conmigo. No lo dudes un momento.

—Me decido ¿a qué?

—A asaltar Tabacalera, s.a.

—Pero si tú no fumas.

—Pero no tengo ninguna duda de que podría ser un aventura trepidante y divertida.

—Bien. Lo apuntaré en mi agenda— Azopito sacó nada de ningún bolsillo y con un bolígrafo que no escribía, ni existía, hizo memoria de nuestro compromiso apuntándolo, subrayado tres veces, en esa agenda que no tenía. —Es que esto es muy importante y no quiero que se me olvide— matizó.

Reímos un rato y callamos los dos.

La pausa hizo que desviáramos progresivamente nuestra atención. Primero con el ritmo de la música que sonaba.

—Buena, muy buena esta canción—, decía uno.

—Sobre todo la sección de vientos. Fíjate en ella—, apostillaba el otro.

Después de fijarnos en el sonido de los metales, anduvimos a la búsqueda de algo que pudiera, si no interesarnos, sí, al menos, entretenernos.

Yo, como a menudo solía ocurrirme, me encontraba azorado en una situación de imposibilidades, contrariedad que me hacía saltar de un punto de atención a otro sin prestar en realidad atención a ningún punto en particular. Allí, al fondo del corredor, por donde el olor denso de sudor, alcohol y tabaco se aliñaba con el que desprendían los servicios, vi que estaba Nué. Medio narcotizado, se engolaba con una Sinforosa, rozando con su expresiva lengua la húmeda borrachera de ella, que se retorció restregándole las formas de su cuerpo de una manera magníficamente impúdica y emocionalmente desvergonzada.

En ese momento, salió Purián del urinario inspirando con fuerza por la nariz, a la que martilleaba insistentemente con sus dedos. Seguro que alguna droga de las llamadas sintéticas estaba a punto de hacerle exagerar sus expresiones, sus modos, su beber y su relacionarse.

Azopito salvó su cerebro de caer en un nervioso y palpitante vacío gracias a Purián que, acercándose a nosotros, dijo alguna inaudible tontería y, tras ella, toda una conversación, inaudible también, insustancial con seguridad, absurda, aunque importante en las maneras. En definitiva, tan olvidable como el resto de palabras pronunciadas en el babélico galimatías sonoro del Paf.

Yo me dediqué a cansar a mi copa. A buen seguro habría podido participar en la charla, que versaría sobre algún tema tan irregular y sin importancia como serio y tremendamente apasionante. Quizá de que las bombillas fundidas de Madagascar, durante toda la década de los ochenta podrían, agrupándolas y extrayéndolas de su contexto, crear una bella obra de arte factorial, concepto que habíamos acuñado para referirnos a la creación surgida en lo más sórdido de las ciudades. Puede que hablaran sobre el espasmo clitoridiano de una Sinforosa, teñida de rubio dorado, como buen argumento para un vídeo musical, si se combinaban sus quejidos, contracciones y temblores con las imágenes de un recio caballero medieval cortando cabezas a sus enemigos durante la campaña llevada a cabo en pos del Santo Grial.

Siempre estábamos desarrollando proyectos, embarcándonos en extrañas naves que no conducían a ningún sitio, o preguntándonos por qué demonios teníamos que preocuparnos porque no resultara nada productivo de lo que imaginábamos, si, a fin de cuentas, el tiempo que dedicábamos a ello era un tiempo que consumíamos con avidez, con un ansia y energía tan disparadas que, inconscientemente, teníamos que poner freno para que no nos atropellara.

La verdad es que no teníamos experiencia suficiente, capacidad o recursos como para abordar casi ninguna de las ideas que se nos ocurrían. Pero sabíamos, en una mezcla de satisfactoria complicidad y de aventura mental, que desde el momento en que esas ideas hostigaban nuestras cabezas, el bien y el mal comenzaba a existir... y todo sería posible.

## Segundo - Monjes

Cuando abrí los ojos, ya era el día siguiente.

Del final de la noche anterior poco recordaba. Aunque no porque me hubiera excedido con los licores sino porque había poco que importara o que hubiera dejado alguna huella más allá de la rutinaria socialización que pudiera aparecer cada noche con amigos y extraños. Lo que sí se me dejaba resbalar por los intersticios de mi endeble memoria era un regustillo con cierto sabor a frambuesa que me dejó una Sinforosa, amiga de la otra con la que Nué se había liado, al cruzar su aliento con el mío después de morderme la oreja con suavidad.

—Tengo manía con el sabor de las personas— me dijo, o creo que dijo.

—¿El sabor?— pregunté, tímido, expectante y con unos ojos anegados de inocencia que parecían decir: sigue probando, sigue probando...

Me explicó que, después de conocer a uno u otra, fuera quien fuere, no podía decidir si esa persona en cuestión le gustaba a menos que la hubiera probado.

A unos les chupaba un dedo o les pasaba la lengua por la nariz. Alguna vez había probado a alguien mordiéndole un pie y de otro no quiso especificar con detalles la zona de donde había descubierto su sabor. Según su trabada experiencia, parecía que mi oreja tenía un lige-

ro aroma a frambuesa. Traté de poner mi más auténtica expresión de desconcierto e insistí en que probara de nuevo porque, le aseguré, yo no podía saber a eso. Me comentó con aparente sinceridad que una probadita le bastaba, pero repitió con gusto.

—Sabes bien... a frambuesa— me insistió, muy suave, muy quedo, muy cerca de mí. Y, sí, su aliento estaba cargado de frutas, de cuyos olores destacaba uno: el de frambuesa.

Paladeando delicadamente ese escorzo de sabor, regocijándome en su suave recuerdo, me dejé empapar bajo la ducha para despejar mis entendederas. El desayuno-capricho-influído-por-la-chica-que-a-todos-quería-probar consistió en zumo de naranja y fresas —las frambuesas son difíciles de encontrar en el mercado— pero, aunque me supo delicioso, el regodeo en el dulzor ácido no me devolvía, por muchos esfuerzos que hiciera, a la chica de anoche.

Lástima

Ring, ring.

Azopito me llamó por teléfono.

Sábado. Día libre. No hay que trabajar. Un día extraño. De menos a más. Comenzando siempre algo fatigado por la noche del viernes y expandiéndome poco a poco hacia no se sabe bien dónde, pero, seguro, a algún lugar ya conocido, repetido y, quizás, algo tedioso por su misma reiteración.

Saldríamos al Museo de Arte Moderno a desintoxicarnos de cualquier abundancia pasada con las bellezas y excentricidades que sus tripas guardaban. La exposición recién inaugurada se presentaba con buen pie. Justo en la entrada, cientos de focos iluminaban el interior de los cientos de tubos de metracrilato que, desde el suelo al techo, llenaban toda la estancia. Los espacios que había entre tubo y tubo eran estrechos y no había orden aparente en su colocación. Era necesario atravesar entre ellos para continuar la visita. Una vez en el interior de ese laberinto de luces, la brillantez y diversidad de colores, intensos, casi puros, provocaba, en medio de la oscuridad en que la sala se encontraba, una especie de mareo existencial. Se hacía casi necesario apartar la mirada de los tonos claros y refugiarse en los más apagados. Buscar entre

los tubos el hueco preciso por el que pasar el cuerpo en una especie de huida hacia adentro, topándose de frente con otros visitantes de la muestra, se convirtió en una agradable, aunque a ratos agobiante, experiencia para Azopito y para mí. Sin embargo, para nuestra desilusión, el interior bajaba su nivel en relación con la sorpresa de la entrada. Poco más había en la muestra que mereciera la pena destacar. Quizás, por sus dimensiones y textura, una obra que reflejaba un pene de tres metros de alto, realizado en alambre de espino y cubierto con una urna de material plástico a modo de copa invertida. Era un homenaje al control de la natalidad, rezaba la cartela identificativa. Otras divagaciones artísticas llenaban las salas. Conceptos más que realizaciones, la mayoría de ellos ridículos en sí mismos, pero llenos de lo que más nos provocaba: iniciativa, ruptura, desorden o, simplemente, capricho. Estas experiencias visuales hacía que se nos movieran las neuronas, y disfrutábamos con ello. Así, pese a la multitud de bazofia que había en la exposición, salimos de ella llenos de una extraña fuerza para arreglar el mundo.

Aunque el mundo quiso arreglarnos a nosotros.

En la plaza que daba al Museo, sentados en un banco, y mientras comentábamos lo visto, uno de esos Monjes Ensimismados que siempre andan deambulando por ahí inseparablemente unidos a sus...

—Buenos días, jóvenes— nos saludó, sin ser realmente un saludo, pues su rostro era tan inespresivo que vaciaba de sentido sus palabras.

—.....— dijimos nosotros.

—El murmullo de una intuición me hace olisquear el perfume de las espesas nubes que azogan vuestros pensamientos.— continuó —Y héme aquí para encender una candela que os alumbre, una tea que os prenda de conocimientos.

“¡Caramba con el personaje!”, pensé desaforado y excitado. El estado anímico que me habían producido las palabras del Monje se reflejaba como un espejo en la expresión desaforada y excitada que Azopito también parecía tener.

—¡Despréndete de tu sabiduría y empápanos con ella, oh, gran caballero! Nuestro tiempo no tiene valor frente a las tus palabras, y las nuestras horas son tuyas hasta... hasta la hora de comer.



Azopito, realmente hay que reconocerlo, tenía a veces unas ocurrencias muy recurrentes.

A pesar de la broma, el Monje continuó hablando.

—Es indudable que debemos darnos cuenta de que la realidad no es sino una plástica imperfecta de la verdad, que sólo puede conducirnos al gran NO por medio de la razón.

—¿Qué es eso del granno?— pregunté objetivo.

—Hace tiempo, muchísimo tiempo,— nos explicó el Monje — cuando aún el tiempo no significaba más que desorden y premonición y ni siquiera existía como concepto; hace tiempo, antes de que nada existiese, cuando todavía no daban luz los soles del universo ni había nada ni nadie que se iluminara o calentase bajo sus fríos rayos; hace tiempo, cuando la razón estaba cubierta por una densa niebla que impedía ver que un movimiento empezaba a caminar por el espacio... Hace tiempo, mucho tiempo, pero justo en ese preciso momento, en ese instante indeterminado e indefinible, se oyó un NO.

»A la par de su eco, los ojos se abrieron, la luz se encendió y las nubes se disiparon. Con su sonido, todo se convirtió en movimiento desarrollado, ya sí, durante el tiempo y en el espacio. Desde entonces, todo fue orden caótico, una estructura increíblemente gigantesca que se movía sin cesar, imparable, incontrolable...

Repentinamente, el Monje quedó como petrificado, inmóvil, ausente. Solo su semblante, inexpresivo como el de todos los de su raza, titiló de manera casi imperceptible. Fue como un recogimiento, como un encogimiento levísimo hacia adentro de su rostro, como si estuviera autoenvolviéndose en un enrevesado desarrollo mental. Fue una expresión que nos hubiera asustado de no estar en la cara de un Monje Ensimismado, sobre los que nuestra raza tenía un dominio absoluto, dominio que ellos admitían con la sumisión de los que se consideraban inferiores.

El momento, no sé si largo o corto, que Azopito y yo permanecimos absortos observándole, finalizó cuando un pájaro, posado en el árbol que nos daba sombra, regaló con sus excrementos la ya suficientemente sucia capa del Monje, lo que nos provocó una carcajada irre-

primible que nos devolvió de nuevo a los paseares de la gente, el pitar de los cláxons de los coches, al suave golpear de la brisa que esa mañana soplabá...

Aún así, había sido una sensación extraña. Azopito y yo nos habíamos dejado llevar por la engolada voz del Monje; una voz difícil de definir, como si dos voces hablaran a la vez, creando una disonancia desagradable y turbia, aunque inesperadamente atractiva. Nos comportamos como dos niños pequeños escuchando un cuento, con los ojos abiertos como platos de fina porcelana, con nuestras bocas agrandadas como minas de diamantes y los oídos atentos como lechuzas agazapadas en la noche. Un cuento que ni entendimos ni nos interesó. Y nos molestó mucho sentirnos tan confundidos.

—¿Y qué es lo que quieres decir con toda esa cantidad de bobadas, Monje?— le dije, matizando la palabra monje con el apropiado tono despectivo que esos tipos merecían.

—No entiendo cómo dejan andar libremente a estos individuos— me comentó Azopito, que no hacía nada para evitar que el Monje le escuchara. Más, al contrario, procuraba que se diera perfecta cuenta de lo que sobre él opinaba. —Hace años los tenían encerrados en reservas y parecían ser más felices que ahora. A ver Monje, —cambió de interlocutor— ¿no érais más felices antes, bien encerraditos y apiñaditos en vuestros asquerosos cubículos? No, no me contestes a eso. Dime: ¿qué sabéis hacer además de no hacer nada?

—Exploramos la verdad del gran NO que vuestra raza se obstina en ocultar.

—Podrías poner un poco de alegría en lo que dices. Por lo menos, además de aborrecerte como ya lo hacemos, nos reiríamos un poco. —continuó Azopito— Fíjate en él, —dijo, pidiéndome que observara al personaje— mira bien su cara: inexpresiva hasta el desaliento. Su mirada es oscura, opaca, con ojos turbios y sin fondo; parece tapizada de negras intenciones, como la mirada de un buitre muerto. Y nunca te mira directamente. ¡Míranos, Monje, míranos a los ojos!

Pero el Monje seguía sin mirar nuestra mirada, fijando esas esferas que le servían de ojos, espesos como el alquitrán, en un lugar indeter-

minado situado entre nuestra cabeza y nuestros hombros. Eso era algo que siempre que me ocurría me ponía verdaderamente furioso, fuera quien fuera el interlocutor.

En esto, un guardia que por allí deambulaba y nos vio con semejante compañía, vino rauda a espantarnos al Monje, y librarnos de lo que supuso un desaguisado más de su raza. La verdad es que no se andan con sutilezas. ¡Mira que los tratan mal! Primero, empujones e insultos hicieron desistir al Monje de su parlanchina, y no atendida, actitud para con nosotros. En el agitarse, el guardia perdió su gorra, que cayó al suelo, y aprovechó esto para lanzar toda su furia contra el maldito culpable, que había hecho que se ensuciara y se le llenara de polvo. A la vez de la refriega de patadas que se empecinó en propinar al Monje, el policía nos sonreía con intención de complicarnos en su singular acción de despachar hábilmente al grotesco personaje de la capa sucia. Resultaba divertido ver que la cara de ese ser permanecía imperturbable ante tantos golpes e improperios.

¿Divertido? Quizás ahora, con la perspectiva del tiempo, podría hablar de ello como algo inquietante.

¿Llevaría una máscara?

La sola visión de la cara de esas medio-bestias metafísicas siempre había despertado en mí, como a casi todos los de mi especie, una irrefrenable tendencia a golpearlos, deformarlos y humillarlos. Cuanto más hundidos en la mierda estuviesen, mejor nos sentiríamos nosotros. Era lo que nuestra educación y cultura nos habían enseñado y todos seguíamos esas costumbres sin plantearnos ninguna clase de problema ético o moral. Era... lo normal.

Aún así, no podía evitar una sutil, aunque sin sentido, sensación de verme atrapado por la extraña y peculiar fisonomía de esos estúpidos Monjes. La uniformidad de sus rostros, casi indistinguibles los de unos de los de otros, no dejaba de dar cierto carácter a sus figuras oblongas, que, siempre e inexcusablemente, estaban vestidas con una sábana anaranjada, de tonos azafrancescos unas, más asalmonadas otras, pero invariablemente sucia y bastantes veces desgarrada. La nariz halconada se unía a la cabeza en una curva continua y sin ángulos bruscos, de forma

que parecía el brote recién germinado de un tubérculo. La ausencia de orejas, esos ojos de los que Azopito tanto se quejaba, cenagosos y sin luz, el tono verduzco de su piel y la brecha que, bajo el hocico, le horadaba horizontalmente, hacían hosca su cara y hostil nuestras intenciones hacia su horrible expresión.

—¡Oh!— exclamé solo por seguir la cacofonía que había sonado en mis pensamientos.

Azopito, entre tanto, no había parado de reír y de dar palmadas de regocijo, deleitándose gratamente con cada una de las patadas que el policía propinaba al Monje, que no eran precisamente afecuosas. Este —esto, más bien— no tuvo más remedio que poner sus ocho pies en movimiento y, sin haber pestañeado ni un ápice, con un rostro que no mostraba en absoluto desamparo, rabia o dolor, salió huyendo lo más rápido que pudo, llevándose consigo su desagradable presencia y al bicho que le seguía a todos lados.

—A veces resultan graciosas estas bestezuelas... sobre todo cuando se las golpea en el hígado; si es que lo tienen —comentó Azopito.

—Es raro que me atraiga la jeta de esos Monjes —le confesé—. A pesar de odiarlos como los odio, eso de que sean todos iguales, siempre tan serios y solitarios...

—Solitario es un decir —terció Azopito—. No verás a ningún Monje sin que esté acompañado de esos animalillos alargados como salchichas que revolotean a su alrededor. Parece como si vivieran en simbiosis. Los insectos deben alimentarse de la mierda que destilan los Monjes.

—Desde luego que sus capas no son un dechado de limpieza, pero ¿qué pueden sacar los Monjes de los otros bichos?

—Puede que compañía —aventuró Azopito— Yo no he visto todavía a dos Monjes hablando juntos. Se les ve deambulando por todos lados, siempre musitando, hablándose a sí mismos, pero nunca se ven a dos de ellos juntos y, mucho menos, unas reunión de esos bichos juntos.

—Pues no quiero ser incómodo —interpuse—, pero yo, después de esta mañana tan exultante de emociones fuertes, tengo hambre extrema.

—Pues, entonces, a comer, como dijo el hambriento.

Por otro lado, ¿qué nos importaba a nosotros el modo de vivir de los Monjes y de los animalejos volantes que les acompañaban?: nada.

Y nos fuimos a comer, tras saludar con la mirada al policía, que levantaba orgulloso su gorra a modo de saludo.

—Rehuid a esos indeseables, muchachos. No son buena compañía —nos aconsejó.

—Así lo haremos, agente.

A veces, éramos educadísimos.

## Tercero - Revueltas

*«Varios Monjes Ensimismados han sido detenidos esta mañana cuando fueron sorprendidos por la policía mientras intentaban organizar un mitin subversivo. Las autoridades han iniciado una investigación minuciosa para aclarar si se trata de un hecho aislado o, por el contrario, si tiene alguna relación con las inesperadas concentraciones de Monjes que, a lo largo de la pasada semana, han ocurrido en diferentes puntos del país.»*

*«A este respecto, el portavoz de la gobernancia, Oleior Merczán, ha hecho un llamamiento a la población para que mantengan la calma en la rueda de prensa que ha concluido hace breves minutos: "...y no existe ningún dato objetivo que nos lleve a suponer que los Monjes Ensimismados estén organizándose como grupo. Todo el mundo conoce que su naturaleza les aleja de formar comunidades. Y mucho menos aún puede ser cierto lo que algún sector de la prensa, a mi entender, con poca responsabilidad, apuntaba de manera absurda sobre, y cito textualmente, argumentos que inducían a pensar en una revuelta civil organizada por los Monjes...»*

Las noticias de la televisión, incansables, en voz alta y con discurso acelerado, no se hartaban de invadir mi casa con declaraciones, contra-declaraciones, acusaciones, insultos, demandas y otras sombras sociales

que, por mucho interés que tuvieran, lo único que me provocaban era agitar mi digestión.

Arrellanado y soporoso en el sofá, observaba ingrátido el sucederse de los aconteceres en la pantalla iluminada que tenía frente a mí. Una cascada de luces y un aluvión de voces y de sonidos diversos se entremetían con indecencia por entre mis párpados semicerrados y se entrecruzaban entre sí creando una amalgama de golpetazos hipnóticos que me adentraban poco a poco en un deseado sueño digestivo, como guinda al guisado de judías verdes que, un rato antes, había llenado mi estómago.

«¡iNatura agit semper per vias simplices, dijo Maupertuis!!», exclamaba en altavoz un Monje, de impávido semblante, que aparecía en las imágenes del reportaje sobre su detención y la de otros de su raza. Y como ese, todos los demás repetían insistentemente esas incomprensibles palabras.

—¿Maupertuis?— me pregunté despegando los ojos, desanclando los brazos y estirando los dedos. Esos dormitares raudos, cortos y apacibles se me convertían en agrios despertares, en los que el mal humor rompía mi cabeza, agitándola de un lado a otro, complicando como resultado mis relaciones posteriores.

—¿Maupertuis?— me insistí. ¿Qué cosa o quién demonios era Maupertuis? El aturdimiento amodorrado del despertar no pudo evitar que, como un poseso, me lanzara hacia la enciclopedia que presidía la biblioteca de mi cuarto.

*«Maupertuis. N. en 1634 en Xación (Cotnia) y m. probablemente en 1680 en lugar desconocido. Son escasas las noticias que se poseen acerca de su vida. Perteneciente a la raza de los Monjes Ensimismados, su actividad como escritor le ha hecho ser considerado como único entre los de su especie. Fue señalado como sabio en su ciudad, acercándose a las culturas predominantes con intenciones conciliadoras y con el deseo de reunir a su pueblo y sacarlo del letargo cultural en el que por aquel entonces se hallaba, y del que, a día de hoy, aún no ha logrado salir. A causa de disturbios callejeros que sucedieron tras sus primeras manifestaciones públicas,*

*fue perseguido y hecho prisionero por las fuerzas del orden, momento en el que desaparece su rastro. Su figura fue paulatinamente olvidada y su obra desperdigada. Actualmente sólo se conservan varias decenas de octavillas con escritos caligrafiados de su puño y letra, pero que, por ser tan dispersos y utilizar un lenguaje muy críptico, pierden el probable contenido poético-social que debieron de poseer. De su personalidad nació -hoy ya desaparecida- la Maupertuística (v.), escuela ensimismada cuyos preceptos giraron en torno a los enunciados que Maupertuis dio a conocer en su corta vida. Sus discípulos continuaron su labor, pero dejaron a un lado su interés cultural inicial para centrarse en la búsqueda de los restos de su maestro y en averiguar los oscuros motivos de su desaparición. El temor de las autoridades a que la figura de Maupertuis se convirtiera en mártir de una causa incierta e imprevisible, hizo que sus seguidores fueran perseguidos y separados, lo que eliminó, en breve tiempo, todo rastro del grupo».*

¿Quiénes eran en realidad los Monjes Ensimismados? La pregunta se refrescaba de nuevo en mi cabeza mientras mi expresión lo hacía con un poco de agua para salir del sueño a dar un paseo.

Antes de irme, revolví entre los papeles de mi mesa de dibujo buscando algunos apuntes que había tomado en cierta ocasión sobre estos extraños individuos. Nunca me había atrevido a enseñárselos a nadie. Habrían tomado por un ridículo esnobismo mi interés por esos bichos. Pero había algo en sus caras...

Un algo indefinido que no había conseguido captar en ninguno de los dibujos que había realizado, quizás por no saber de qué se trataba, por desconocer esa esencia que les daba vida. A pesar de que eran retratos bastante fieles de sus rostros, notaba que fallaban, que no reflejaban realmente a esos bichos. Tenía buena mano para el lápiz y a menudo hacía retratos de amigos o amigas que eran bien celebrados por todos. Sin embargo, los Monjes Ensimismados se me escapaban. Sólo dibujaba máscaras, caretas.

—Buenas tardes— saludé a un vecino muy pesado al salir del edificio.

—Ten cuidado por ahí— me contestó inesperadamente —He oído que los Monjes andan alterados. ¡A ver si los encierran a todos de una



vez! No hacen más que molestar. ¡Son unos vagos! ¡Deberían mandarlos a una....

Me fui dejándole con la palabra en la boca. Supongo que ni que lo notó. Con toda seguridad sería la decimotercera o vigesimoquinta vez que repetía ese mismo monólogo, puede que con ligeras variaciones entre un impropio y otro dependiendo del interlocutor oyente con el que se cruzase. En su casa lo repetiría de nuevo a cada uno de los componentes de su familia. Ayer tocó la crisis económica; el otro día, el coche nuevo que otro vecino había adquirido; hoy, los Monjes Ensimismados; mañana...

De nuevo los Monjes. Tuvieron a un Maupertuis que, aunque brevemente, incluso aparece en nuestros libros. No pueden ser sencillos animales irracionales. Hablan. Dicen cosas incomprensibles, sin ninguna duda, pero dominan la palabra...



—Buenass...— me saludó Azopito por mi espalda. A veces nos sincronizábamos bastante bien para encontrarnos sin previo aviso. La fuerza de la costumbre, claro.

—¿No estaremos absortos— le contesté —en un círculo tan cerrado en nuestra civilización, enfrascados en un área tan delimitada de la realidad, que tan importante y tan particularmente egocéntrica nos parece, que no podemos por ello sentir ninguna amenaza, que no oímos los latidos con los que la aparente nueva situación de los Monjes Ensimismados está empezando a ensordecir el pulso natural de la vida?

—No— dijo, con seguridad y con calma. —¿Una cerveza?—.

Anduvimos en pos del primer líquido de la noche. La tarde era agradable. Todo era absolutamente normal. Coches atascados disfrutaban de su situación haciendo sonar intermitentemente su desagradable claxon; viejecitas sentadas junto a los desangelados jardines observaban taciturnas a los jubilados jugar a la petanca; los niños jugaban junto a ellos, con su alegre griterío de tonalidad dolorosa; mierdas de perro en las aceras; una risa esquiva; un pisotón accidental; en fin, todos los com-

ponentes de ese lindo atardecer de una ciudad tan espantosamente atractiva como la nuestra.

A medida que nuestras sombras se hacían más alargadas con la puesta del sol que nos atacaba por la espalda, comenzábamos a multiplicarnos repartiéndonos entre las sombras, que se multiplicaban al iluminarse los focos de las aceras, multiplicando, así, los rincones de las calles.

Como el calor desprendido por el asfalto, incendiado por horas expuesto al sol, las gentes comenzaban a repoblar, lenta pero persistentemente, todos los recovecos que nos ofrecía la ciudad, hasta entonces desolada en su lento horneado del día.

Comenzábamos a sentirnos rodeados y, por tanto, seguros entre tanto mundo.

—Parecemos bichos del desierto. Escondidos por el día, nos lanzamos con furia al comenzar la noche— comenté a Azopito que, indiferente, caminaba observando la riqueza de matices que devenían alrededor nuestro.

—¿Nos lanzamos? ¿Adónde?— preguntó.

—¿Dónde dices?— pregunté.

Este diálogo se revolvía como la calle que nos giraba, ora a la izquierda, ora a la derecha, sin rumbo fijo. Nuestras palabras se dejaban caer así como nuestras miradas se escurrían por entre las personas que se nos cruzaban. Dos Sinforosas nos rozaron con sus olores al pasar junto a nosotros. Sus rostros volvieron sus ojos templados e hirientes que suavizaban con sonrisas musicales. Se reían entre ellas y nos lanzaban huidizas llamadas con sus movimientos.

—¿Te has fijado en esas dos?— me comentó Azopito.

—Fíjate bien—. Le indiqué con la cabeza hacia el Monje Ensimismado que caminaba ágilmente en dirección a las dos Sinforosas que, entretenidas en llamarnos con sus ademanes, no habían notado que se les acercaba.

Fueron décimas de segundo que se convirtieron en un dramático instante en el que el Monje enarboló su cola y, como si de un látigo se tratase, golpeó a las dos Sinforosas. Gritaron del susto. Se asustaron de su terror y se revolvieron con el dolor.

Azopito y yo nos quedamos congelados con lo visto. Nunca habíamos tenido noticias de ningún acto violento de los Monjes. Gentes de todas direcciones acudieron al lugar con el eco de los gritos de las chicas. Todo se convirtió entonces en un revoltijo de confusiones. El Monje, que no trató de huir, fue golpeado por multitud de puños y comenzó a estrujarse en sí mismo para intentar evitarlos.

—¡Qué fuerte!— decía Azopito. —¡Qué fuerte!—.

Nosotros dos ni nos movimos ni nos acercamos al tumulto y permanecemos observando tan excepcional acontecimiento en el lugar de privilegio que las mismas Sinforosas, previsoras ellas, parecían habernos indicado.

Presta, la policía acudió al lugar del incidente. Fue más difícil separar a los energúmenos de encima del Monje que detener a éste. Cuando se lo llevaron, gritaba una y otra vez:

—¡La naturaleza debe ser creada por la razón!—.

Entre un guirigai de insultos irreproducibles y un cloquear de voces alteradas, los agentes consiguieron recuperar el cuerpo magullado del Monje e introducirlo en el furgón. En ese instante recordé las noticias que habían abortado mi siesta y se las conté a Azopito. El titotí de la sirena policial y el griterío de la gente que atendía a las chicas, provocaba en ellas cada vez mayor histerismo. Entonces, Azopito me sugirió si los Monjes no se habrían vuelto locos de repente.

—No creo— contesté. —Siempre han sido unos dementes. Aunque no creo que hayan cambiado, quizás algo les haya hecho cambiar su actitud pasiva... lo que puede llegar a ser peligroso para nosotros.

—¿Se habrán vuelto psicópatas?...— Azopito quedó pensativo.

Decidimos, no obstante, continuar nuestro paseo alejándonos del tumulto, en dirección al Paf. En suma, queríamos festejar el acontecimiento con algunas copas de licor.

—Pero no es lógico...— prosiguió Azopito. —No tiene sentido que todos los Monjes se vuelvan psicópatas a la vez. Tal vez uno, dos...; incluso a algunas decenas de ellos podría ocurrirles algo así repentinamente, pero... Me inclino a pensar más en una enfermedad contagiosa, en una especie de epidemia que altera su comportamiento.

—Tal vez. Pero ¿qué sabemos de esos bichos? Siempre se han mantenido aislados, sin formar comunidades. Caminan solos; nunca tienen más compañía que la de esos otros animalejos revoloteando a su alrededor... Y, sin embargo, todos forman parte de la misma especie, son todos Monjes Ensimismados. Son como las formaciones coralinas: individuos independientes agrupándose en un conjunto mayor y más completo, una estructura diferente a la de los elementos que la forman, que serían incompletos de permanecer independientes del grupo.

—Parece que sugieres algo similar a una red de ordenadores comunicados por satélite, a lo que es internet. Cada uno puede situarse en el sitio que quiera y, sin tener ningún contacto físico con ningún otro, pueden estar conectados entre ellos y compartir sus respectivas informaciones.

—Y eso nos lleva a una conciencia superior. A una especie de... dios.

—¿Cómo?— preguntó.

—Los terminales de la red de ordenadores que planteas pueden estar situados en cualquier sitio como bien dices, y comunicarse entre ellos sin ningún contacto físico aparente. Pero para que todo funcione y, por ejemplo, yo pueda contarle cosas a otro tipo, del que desconozco absolutamente todo y que vive al otro lado del mundo, para que la comunicación se desarrolle correctamente, necesito de algo que controle, coordine o distribuya todas las informaciones entre las que tengo que pasar para llegar a ese supuesto individuo.

—¿Por ejemplo?—

—Por ejemplo, un satélite, una central repetidora. No puedo explicarme bien porque no entiendo nada de tecnologías, pero sí sé que se necesita una antena, y en perfecto estado de funcionamiento, para que la señal de televisión llegue hasta mi casa.

—Pero podría evitarse cualquier elemento artificial y ajeno para que eso ocurra. Yo podría hablar en un extremo de un desfiladero de montañas y que el eco de mi voz llegara hasta el otro lado, en donde tu estarías para escucharme.

—Puede ser. Pero lo que yo escuchase quizás podría diferir bastante de lo que tú hubieras dicho. Además, podrían oírlo otros y no solo yo, el destinatario original de tu comunicación.

Un molesto reflejo del faro de un coche en el cristal de una casa deslumbró inesperadamente mi retina, impregnándola de un irritante punto oscuro que permaneció latente durante algunos momentos en el fondo de mi mirada. Lo que me sugirió una nueva reflexión sobre el caso.

—Dime, Azopito— le comenté, —si colocáramos un espejo a un metro de una fuente de luz, una linterna, por ejemplo, de manera que en el espejo se reflejara su luz hasta otro espejo que estuviera otro metro más allá, y de éste a otro y así sucesivamente hasta completar una sucesión de espejos de varios miles de kilómetros... ¿Me sigues?— le consulté. Era un planteamiento algo complejo.

—Sí. Es un planteamiento muy simple. Una hilera de espejos en zigzag que reflejan la luz de uno a otro.

—Eso es. Pues bien, desde aquí y ahora, a las tantas de la noche, encenderíamos la linterna y el rayo de luz empezaría su camino comunicándose de un espejo a otro. Tardaría muy poco tiempo en llegar al otro extremo del mundo. La luz que se viera allí reflejada, en el último de los espejos, ¿sería la misma que la que yo viese aquí?

—Allí, además, es de día— apuntó Azopito oportunamente.

—Además, eso influiría también en la percepción de la luz. Quiero decir que, si los Monjes se comunican entre ellos sin necesidad de contacto material, es improbable que puedan ponerse de acuerdo en ninguna idea. Cada individuo tiene un entorno diferente en el que se desarrollan sus modos y maneras de apreciar ese mismo entorno. Y los sentidos de todos los Monjes, físicamente hablando, no pueden estar desarrollados por igual. Así, cada uno de ellos recibiría la idea y la entendería a "su" manera particular, impidiendo así que pudieran darse los casos de conjunción entre ellos que parecen estar ocurriendo.

—Por tanto— apostilló Azopito con buen tino —no pasa nada. Lo que hemos visto hace un rato no ha ocurrido nunca, y las noticias que has visto en televisión debes de haberlas soñado, quizás provocadas por una mala digestión. Es una gran noticia y hay que celebrarla.

Y, justo en ese momento y de manera aparentemente casual, la puerta del Paf se abría gustosamente para invitarnos a entrar, de

nuevo, una tarde más, en sus asfixiantes intestinos alcoholizados. Las pulsiones suaves y cadenciosas del continuado fluir de la calle se ahogaron de repente y quedaron olvidadas en el exterior, sus sonidos casi planos y a los que no se les presta más atención que la que exigiría una urgencia en caso de suceder, fueron aplastados impudicamente con los atronadores sonidos extemporáneos y salvajes de la música que llenaba el interior, mezclada, entreverada y casi peleada con las disonantes melodías que creaba un grupo musical que se hallaba en el momento de probar la acústica del espacio para un concierto posterior.

Nuestras chupas, rebecas y demás complementos innecesarios en el Paf se sintieron alegres al ver las de Purián, Nué y otros que ya se encontraban allí, y fueron a depositarse graciosamente amontonadas junto a ellas. Sin duda, les gustaba más estar allí, todas juntitas, abrazándose promiscuamente, que sobre nuestro cuerpos. Nosotros, por nuestra parte, nos acercamos a ver a los dueños de las prendas, que ya sostenían un Segoviano y cola entre sus dedos y su boca.

—¿Sabéis que no nos ha pasado nada con los Monjes?— les anunció Azopito con el fin de derretir el hielo de los vasos.

—¡Qué majos!— comentó una Sinforosa desconocida que parecía acompañarles.

¿A quién se referiría, a los Monjes o a nosotros?

—¡Nco! ¡nco! ¡uno, dos, uno dos!— sonaban los altavoces del grupo. Un tipo se había puesto a contar en el micrófono para probar cómo se oía. ¡Y había gente que bailaba con ello!

—¿Quién toca?— pregunté.

—No se cómo se llaman— Nué siempre estaba informado de todo lo que se refiriese a mujeres y a música. —Creo que tocan cosas antiguas, de hace varios años. Son talluditos. Eso sí, me han contado que las interpretan a conciencia.

—Muy aburrido. Prefiero alguien moderno que toque inconscientemente—. A Purián le enardecía hablar de tiempos pasados, aunque se tratara solo de música. Se ponía nervioso y le temblaban las manos cuando alguien le refería temas pretéritos.

—Necesito otra copa— musitó, tratando de tranquilizarse. Cuando la camarera (bonita como ninguna a tenor de la cantidad de personas que le pedían copas) se la sirvió, Purián se agarró con las dos manos al recipiente, comenzó a hablar hacia el interior y, como si fuera una letanía, le dijo:

—Tú no fuiste nada. Nada en absoluto, por lo que no merece la pena pararse ni un solo instante a pensar en ello. Ahora, eres copa con hielo, alcohol y alguna guarrería para diluir y alguna que otra manchando el cristal. Además, eres proyecto de trago, y de otro trago y de otro más; hasta que te acabes y volverás a no ser nada y ya no pensaré más en ti porque otra copa que te sustituirá me hará olvidar que un día fuiste consuelo de mis entrañas.

—Eres un romántico, Purián— le dijo Azopito. —Si pones la misma pasión cuando le hablas a una Sinforosa...—. Y lo dejó ahí, así, a la imaginación de todos, espectadores y sonrientes.

Poco más ocurrió de novedoso aquella noche. A no ser la aventura que tuvo Nué con un borracho que le pidió un cigarrillo y, tras dar dos o tres caladas, ¡choum!, ¡choum!, se puso verde vomitando una amalgama de vejez e intestinos.

—La verdad— dijo Nué tras la biliosa anécdota —es que me han entrado ganas de beber. Oye.

Poco más ocurrió.



Hasta que conocí a Brochita.

## Cuarto - La gotilla

«La representación plástica del simbolismo decadente que significa la enfermedad mortal», apunté en una servilleta del bar mientras esperaba acodado en la barra a que la linda camarera (siempre son lindas camareras) me sirviera la cerveza que le había pedido. Se me había introducido una idea en la cabeza de la misma manera que un berbiquí lo hace en la madera. Todo era cuestión de darle vueltas. Se centraba en la posibilidad de representar plásticamente el aire enrarecido del aliento que despiden los enfermos del cólera. Una idea descabellada y algo morbosa de la que tomé algunas notas a vuelapluma sobre el fino trozo de papel. Pensaba que algún filtro fotográfico con luces muy contrastadas y usar la macrofotografía quizás podrían serme útiles. Era endiabladamente indecente. Era como usar una brocha que pintara de colorines lo más cruel para acabar alabándolo por su belleza. Era encontrar el encanto de los colores enfermizos de una pérfida brochita.

—¿Qué escribes?— me preguntó una Sinforosa que había rodeado mis pensamientos con su presencia.

—Eres pérfida, brochita— le contesté.

—Ya no queda perfidia. Y yo no me llamo Brochita.



Creo que no le interesaba mucho lo que yo estuviera anotando en la servilleta. Su aliento me dejó sin respiración.

—No te creo—, logré respirar. —Estoy seguro de que te llamas Brochita y no puedes ocultarme la perfidia que destila tu mirada.

Iba por buen camino. Le había hecho gracia. Aunque yo no reconociera para darle gusto a mi ego, sabía que ella ya había decidido todo antes de que yo dijera nada.

Curioso: se llamaba Brochita.

Acabamos nuestras copas y nos escapamos del ágapo aquél.

Decidiéndonos a dónde iríamos, entre bromas y entre veras, Brochita rozaba melifluamente y sin codicia su cuerpo contra el mío. El entrechocar de nuestros devaneos me hacía suponer que su vagina debía de estar inundada de sensaciones y la imaginaba soltando pausadamente gotillas de lujuria que empapaban las paredes internas de su pantalón con húmeda indecencia.

Me enardecía la mirada de sus ojos, casi translúcidos, paseándose sin recato por mi cuerpo, cuyos movimientos estaban transformándose en tensos y espasmódicos. Quizás por lo infrecuente de la situación, a la que no estaba habituado, mi estado me recordaba a una eyaculación precoz, inevitable por la excitación que me dominaba. Además, para agigantar mi exquisita desazón, Brochita, que parecía darse cuenta de todo lo que ocurría por dentro, añadía un pequeño toque de crueldad a sus bruscos toqueteos, de los que yo estaba preso, como apretado junto a una pared sucia de la que no podía separarme. Aquella que me había probado, mordiéndome la oreja, vino a mi cabeza durante un instante, casi inexistente, cuando Brochita desplegó su lengua y la deslizó desde mi barbilla hasta mi frente, mojándome todo, empapando de sexo mis ojos. Pero la olvidé de nuevo, compungido con el apretar tendencioso de la rodilla de Brochita en lo ya duro de entre mis piernas. Me pareció escuchar una leve melodía que brotaba de su garganta y comencé a tararear otra distinta.

Entre los dos creamos una bella disonancia.

—¿Vamos a otro sitio?— dijo, de repente.

No sabía cómo ni qué responder. La música que estábamos componiendo empezaba a sonar bien, y sentía que podría ser maligno cortar

la cadencia que estaba brotando entre nosotros cuando la inspiración fluía como lo estaba haciendo. Aun así, las palabras parecían una proposición para una mayor colaboración, más intensa y más profunda. Me costaba respirar con tranquilidad y Brochita lo notaba. Se reía, la muy golfa.

—Vamos a mi casa—, me dijo sin dejarme tiempo para recobrar el resuello. Y me agarró por el pescuezo obviando a todas luces cualquier opinión mía que, por otra parte, iba a ser la que ella dijera.

—Bueno—, conseguí declamar con voz de falsete.

Brochita comenzó a hablar, a hablar sin parar y sin dejar de estrujarme junto a ella, alternando las palabras con sus besos, que me taponaban el aliento y me obstruían el hálito. Hablaba de todo, entrelazando su casa con su peso, sus amigas con las comisuras de mis mejillas al sonreír, su trabajo con el coche que más le gustaba, y todo de una manera alegre, espontánea y estudiada a la vez, como un resbalón atropellado que mezclara todo sin confundirlo.

Se trataba de una jovencita caprichosa, de familia acomodada y gran tiempo libre que consumir. En ese momento yo era su juguete preferido y ansiaba utilizarme, a lo que yo no iba a oponerme. Tampoco ruborizaba su semblante cuando así lo reconocía.

—Voy a sorberte por donde más calor despidas y vas a hacerme tiritar de gusto hasta que te gastes—, me dijo.

—¿Y después?—, pregunté tímidamente.

—Después estarás oxidado.

Confieso que la Sinforosa a la que acompañaba poseía una indiscutible facilidad para conjugar las palabras y formar hermosas frases. Y decirlas sazonadas con la extraña prolongación que su lengua ofrecía cada vez que pronunciaba la 'd', humedeciendo de paso sus labios, que brillaban cargados de saliva lujuriosa.

—Cierra los ojos y dime—, le dije —«Dédalo dedicaba sus días a deducir la dejadez deliberada de sus doce dudas disimuladas».

—¡Me disloca divertirme!—, gritó alzando los brazos indecorosamente y dando cortos y vaporosos saltitos de alegría.

Y agachando algo su deliciosa cabecita —era un poco más alta que

yo—, cerró sus ojos, lo que oscureció algo la brillantez de la noche, y repitió despacio y con vocalización muy exagerada mis palabras.

Yo acerqué mi lengua a su boca de tal manera que cuando sacaba su húmeda extremidad con cada 'd', se unía a la mía, que recibía sus frescos golpes con excitada gratitud.

—Lo repito de nuevo—, dijo abriendo los ojos y agudizándolos con una amplia sonrisa que llenó su cara.

Y su lengua volvió a golpear en la mía y, olvidándose de las palabras y de las 'des', empezó a jugar, retorciéndose y martilleando y deslizándose y mojando. Parecía un tentáculo enroscándose en mi apéndice bucal, abrazándolo y tirando de él, atrayendo con ello el resto de mi cara que acabó adherida a la suya como una ventosa a otra.

No sé qué hubiera sido del resto de mi cuerpo si Brochita hubiera seguido sorbiéndome de esa manera. Cada vez que lo recuerdo noto cómo mi lengua titila nerviosa y, como un niño asustado por el malévollo hombre del saco, se retrotrae en sí misma y se refugia en lo más profundo de mi garganta.

Afortunada, o quizás desgraciadamente, logré zafarme de su abrazo lingual, casi mortal por su intensidad, gracias a un coche que pasó cerca de nosotros y, al dar la curva, con sus faros nos iluminó por completo, lo que, dada la posición algo viciadilla que teníamos, provocó el jolgorio de los ya de por sí suficientemente excitados ocupantes del vehículo.

No obstante, contra las previsiones de que aprovecharan nuestra obscenidad como continuación de su diversión, aquellos individuos pasaron de largo y siguieron su camino. De entre los gritos que proferían, me pareció entresacar algo relacionado con los Monjes Ensimismados, aunque no pude escucharlo bien por cuanto en ese momento la lengua incansable de Brochita había comenzado a hundirse varios centímetros en el interior de mi oreja.

—¿Qué les pasa a esos?—, dijo, convirtiéndose en un vendaval que soplaba en el interior de mi oído.

La algarabía que los del coche llevaban pronto fue acompañada por otras procedentes de muchos puntos de la ciudad. Sirenas y alarmas y

algún que otro chillido aislado, de miedo o de furia, empezaron a especiar y sazonar la hasta entonces apacible sobriedad de la noche (sobria, menos para mí).

Brochita, reaccionando por fin, desenroscó su lengua de mi oreja.

—¿Qué... qué pasa?—, aulló.

Toda la entereza y seguridad en sí misma con que me había abrumado Brochita, se ahogaron de repente en un pánico nervioso, en una expectación cercana al histerismo que le impedía articular sus movimientos y sus palabras correctamente. El miedo se había hecho con su lengua y con su cuerpo entero.

—Tranquila, que no pasa nada—, intenté calmarla. En realidad, no podía saber si estaba ocurriendo algo, aunque sí me daba cuenta de lo extraño de tal alboroto a esas horas.

—¡Me voy, me voy!

—Espera. Te acompaño—. Pero ¡cómo corría Brochita! Me dejó clavado y no pude ni moverme. ¡Y sin despedirse! Supongo que cogería su deportivo aparcado cerca del garito y se largaría a refugiarse a casa de papás.

Abandonado, desmadejado, excitado e irritado. Todos los 'ados' posibles me encajaban a la perfección en esos momentos. Como si me hubieran dado un topetazo con un camión de 40 toneladas a gran velocidad, me encontraba verdaderamente aturdido. Mis pies no respondían a mis evanescentes deseos de hacer algo. Alrededor mío, el caos era cada vez mayor, habiéndose convertido en un trasiego de vítores, estertores, carreras entre allí y allá, bocinazos ululantes de timbre ensordecedor y alguna que otra explosioncilla petardil. Mi lógica trabajaba furibunda para zafarse del sexo de Brochita que todavía me poseía, y logró reaccionar, por fin, cuando un tipo espantado y espantoso que parecía huir de algo me golpeó en el hombro en su alocada carrera.

—Pues sí que pasa algo—, pensé, perspicaz.

Las decenas de palomas que en la plaza cercana glogleaban alegremente todos los días entre los pisares de la gente, volaron sobre mi cabeza. A esas horas deberían estar recogidas en sus escondrijos. ¿A qué venía esa migración nocturna?

Algo no muy bueno devenía por entre las calles y no quería quedarme a esperarlo, al menos, no solo. Pero ¿a dónde ir? No era una espantada en una dirección como huyendo de algo que viene por la opuesta. Los entrecruzamientos eran constantes, y si bien unos parecían huir, otros parecían dirigirse muy decididos a enfrentarse con mucho valor a algo en la misma dirección de la que procedían los que huían.

A algo misterioso que yo no podía adivinar.

Decidí por tanto, buscar de nuevo a mis amigos. Volvería al Paf y entre todos estudiaríamos qué hacer. No es que tuviera ningún problema en decidir mis acciones por mí mismo, sino que mi irritación, tras el abandono de Brochita, y la confusión reinante en mi alrededor, me provocaron una extraña mezcla agri dulce, un arrebato ensordecedor por descubrir lo que temía. Si en un principio los gritos, explosiones, desplazamientos de masas y migraciones de aves me habían despertado un cierto miedo a lo desconocido, ahora me volvían a la cabeza las imágenes de los Monjes que, tras la comida, habían mostrado por televisión, junto al interés que tuve por aquella frase que no cesaban de repetir: «La Naturaleza debe ser creada por la razón». De repente, esas palabras se dotaron de un carácter premonitorio con respecto a lo que estaba sucediendo.

Mientras pensaba estas cosas, sin tan siquiera haber dado un solo paso de donde me dejó Brochita, noté cómo mis pies empezaban a humedecerse, a sentirse mojados y fríos. Miré hacia abajo y descubrí que el suelo estaba siendo barrido por una riada de agua, como si en la parte de arriba de la calle, que formaba cuesta, alguien hubiera abierto una gran boca de riego. Era bonito ver el agua rebotando en los adoquines, provocando remolinos, encogiéndose al pasar entre mis pies para seguir su camino calle abajo, lanzándose como loca a las alcantarillas abiertas que pronto se llenaron... Empecé a chapotear, a dar saltos, salticando de paso a quien pasaba cerca de mí, a los que también gritaba alguna que otra barbaridad sin sentido.

—¡Escocida sin sombra! ¡Se te arremolina el ombligo!—, dije a una señorona que corría asustada por la otra acera. Me miró con ojos aterrori-

zados y me escupió, mojándose su propio vestido, antes de salir de estampida y madriguarse en un edificio cercano dando un sonoro portazo.

Empezaba a divertirme con este caos. «Rápido», me animé a buscar a Purián, Azopito, Nué y los demás para aprovechar juntos esta oportunidad de cebarse en el desorden.

—¡Alto, insensato!—, escuché en mi espalda sujeta por una voz monocorde y enfadada.

Tan pronto como giré la cabeza, recibí un fuerte latigazo en la cara que me dejó aturdido. ¡Mierda!, ¡cómo dolía! Conseguí, tras apretar los ojos casi hasta el aullido, que la contusión se disipara un poco y logré ver qué me había golpeado: un Monje Ensimismado.

La furia vino a mi cara y se entremetía por mis manos, pero antes de conseguir dirigirla hacia una acción de represalia, el Monje me gritó:

—¡Silencio! ¿Cómo osas crear?

Y su frase me dejó lívido. ¿Qué significaba aquello? El frío del agua abandonó en ese momento la calle por donde fluía para regodearse en mi cara, aún acalorada por el golpe. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Me apoyé en la pared agarrándome a los ladrillos y a los jirones destrozados de los carteles que había allí pegados y, sin dar la espalda al Monje en ningún momento, desfallecieron mi valor y mis sentidos. Recordé a la mujer a la que había asustado hacía un rato. Ahora era yo el que estaba horrorizado. ¡Qué canalla había sido!

El Monje se me acercó y alzando la cola se dispuso a darme mi merecido. Tapé mi cara con las manos, esperando al menos que el golpe no fuera así tan doloroso.

—¡Dale fuerte!

—¡Machaquémosle!

—Le voy a abrir la cabeza...

—¡Pínchale la barriga!

—...en picadillo!

Escuché por mi izquierda. Abrí los ojos. Un aluvión de piedras caían por todos lados, aunque casi todas dirigidas al Monje, al que se le aflojó la cola repentinamente. Mis amigos venían a ayudarme corriendo sobre la riada. Parecía que estaban jugando.

—¡Cuidado dónde apuntáis!—, les grité cuando una piedra me golpeó en el brazo. Me dio tanta rabia que le arree una tremenda coza al Monje, que ahora se encontraba abrumado por la repentina invasión.

Chorreando asquerosa sangre verde de ira y encogida de piernas la mirada por el dolor interno, salió huyendo el animal de la cola latigosa, que aparecía algo debilitado por un fuerte pedrada que le acertó Azopito en plena cabeza.

—Jé—... todavía conseguí sonreír al verle huyendo.

—¿Estás bien?—, me preguntó Nué mirándome de hito en hito, con la sonrisa bien plantada en su cara desvergonzada. Parecía que habían tenido la misma idea que yo para divertirnos con la confusión reinante.

—¿Pero qué pasa?

—Que se nos acabó el chollo.

## Quinto - El Museo

Una ventana se había entreabierto en un tercer piso y alguien nos observaba parapetado en la oscuridad. Un portazo repartió ecos por la calle que confluía con aquella en la que nos encontrábamos. Por las rejas retorcidas de una casa solariega, trepaba un individuo, más con aspecto de ocultarse o de protegerse en algún lugar seguro que de pretender robar la vivienda. Un coche de la policía zumbaba chirriando sus ruedas en dirección a nosotros.

—¡Eh, vosotros!—, nos espetó el guardia a la vez que salía del vehículo. —Ya estáis cogiendo vuestras cosas y os vais a vuestras casitas como buenos chicos.

—¿Qué está pasando, agente?—, aventuró Nué.

—Pasa que ya os estáis yendo.

—Pero ¿y este jaleo? No me diga que no sabe qué está ocurriendo que no me lo voy a creer—, insistió Azopito.

—Es por vuestra seguridad— consintió el policía. —Os vais a casa y ponéis la televisión para enteraros. Seguro que os lo cuentan mejor que yo. Pero no quiero veros más deambulando por la calle. Hoy... está prohibido deambular por las calles.

—¿Por qué, agente?—. Nué estaba formulando sus preguntas como



si estuviera liándose con una Sinforosa. Y al señor del uniforme parecía no gustarle mucho.

—Ten cuidado con el agente, muchacho. ¡Venga!, no quiero repetirlo más: ¡a casa!

Fue tal el amago que hizo para impresionarnos que no tuvimos más remedio que reirnos, lo que hizo que el guardia echara mano a su porra y, por consiguiente, nosotros nos lanzáramos a la carrera... sin dejar de burlarnos a gritos.

—¡Adios, señor agente!

—¡No sea malo con la gente, señor agente!

El policía, claro está, no hizo ninguna intención de seguirnos. Había conseguido su propósito: que nos fuéramos de allí.

—Pero ¿nos vamos a ir a casa?—, dijo Purián. —¿Ahora?

Durante ese paseo sin rumbo, nos interrogábamos sobre los acontecimientos que estábamos viviendo, notando a la vez cómo la noche iba transformándose poco a poco en una vacuidad, quizás por la acción de la policía.

—Se cortó la luz del Paf—, comentó Azopito —y al rato tuvimos que largarnos de allí porque se acabó el hielo.

—Pues ha sido una casualidad—, les dije. —Yo pensaba en ir a buscaros cuando me golpeó el Monje ese.

—¿Y la Sinforosa?—, me preguntó Nué.

Preferí no hablar de ello. Ya casi lo había olvidado y sufrir de nuevo tal desolación y abrumamiento juntos podía ser peligroso para mi salud mental y sexual. La zona por la que estábamos caminando me sugirió una idea descabellada, pero que me permitió cambiar de tema.

—¿Y si nos colamos en el Museo de Historia Natural?

Todos me miraron como si el golpe del Monje me hubiera dejado turuta.

—Hay un hueco en la verja del jardín, y, en uno de sus rincones, una ventana tiene un cristal roto. Casi no se ve, pero el otro día estuve allí y lo oí comentar entre dos bedeles.

—Pero habrá guardas.

—Probamos. Con el jaleo que hay montado en la ciudad ¿quién se va a preocupar de un museo al que nunca entran ni siquiera los turistas? Os aseguro que dentro vamos a alucinar.



Dicho y hecho. Majestuosamente doblados por la risa contenida nos dirigimos al Museo. Nadie en la calle. Nadie en el jardín. No tuvimos ninguna dificultad en plantarnos en el vestíbulo interior, y notamos cómo, tras hacer algún ruido que se oía como mil diablos gritando en el interior de una olla, parecía que no había nadie. El Museo era nuestro.

Corredores ampliamente vacíos resonaban a búhos de soledad y olían a síntesis cadavérica en descomposición.

«Extraño... ni tan siquiera un vigilante», pensé, a pesar de todo.

*«En donde se compilan y coleccionan los diferentes aspectos de las sociedades tribales y animales y se completa con el estudio y conservación de restos y muestras que versan sobre la evolución natural de la vida»*

—¡Qué rimbombante!—, azuzó Purián tras leer la magnífica placa marmólea que presidía la pared del vestíbulo central. En la mesa-mostrador que allí había, un montón de folletitos diversos para regalar a los visitantes se solazaban entre el polvo. Junto a ella, un atril lleno de postales amarillentas.

—Voy a leer lo que dice el prospecto. Lo mismo tiene contraindicaciones—, insistió.

«El Museo llamado de Historia Natural —leyó Purián en voz alta y engolada como sólo él sabía hacerlo— tiene un largo recorrido de investigación científica. Enmarcado en el antiguo edificio que mediado el siglo albergó la Sede de la Sociedad Internacional para la Supresión de las Costumbres Salvajes, fue centro de profundas y arduas especulaciones acerca de la creación de la realidad.

»Con la 'Definición de 1962', el problema teológico y moral fue atajado y, tras la expulsión y reclusión en campos de los Monjes

Ensimismados, el edificio comenzó una nueva andadura en cuanto a sus funciones. Las condiciones sociales del momento hacían obviar, por innecesaria, una organización que defendiera la superioridad evidente de nuestra raza, con lo que las actividades que empezaron a desempeñarse en el edificio pasaron a ser las de almacenamiento y clasificación de vestigios de pasados remotos y recientes que nos ayudaran a comprender de manera clara y concisa nuestra historia. Tras varios años de estudios, de adaptación de salas y ordenación y catalogación de depósitos, el Museo de Historia Natural fue abierto al público en 1978».

—¿Y?— dije. —Me aburro oyéndote, Purián.

—Vamos a investigar lo que investigan los investigadores.

Las sombras eran largas en aquellos largos corredores enrevesados. Dimos muchas vueltas entre animales disecados, recreaciones de viviendas rurales, anaqueles con supuestos tesoros, paneles educativos con muchos colorines, grises por la oscuridad...

No sé si alguien lo vio —no me atreví a comentarlo—, pero en una sala me pareció ver a un grupo de serpientes bailando claqué con sombreros de paja sobre sus cabezas y a las órdenes de un oso hormiguero que parecía ser el coreógrafo. Todos sacaban la lengua en una mueca estúpida.

Purián, al verme estupefacto observando la oscuridad de una sala, me preguntó si había visto algo merecedor de su atención. Le contesté que al pasar por ahí, una zarigüeya con expresión de susto había salido corriendo hasta perderse a la vez que cantaba un 'Pater Noster' con ritmo de samba. Y, claro, me lo tomó a broma.

Revolviendo entre las muchas salas del Museo, nos divertíamos con todo lo que encontrábamos. Purián, que se dijo muy cansado y algo bebido, se tumbó en una cama renacentista que era el centro de un dormitorio dieciochesco.

—Está algo dura, pero cuando cuente por ahí que he dormido en la cama de una reina, toda de bronce verdoso y con sábanas y colchas bordadas con esmero por mano maestra, nadie se lo va a creer.

—Si es que te dejamos dormir—, dijo Azopito. Y, alzando un brazo a modo de batuta, todos nos pusimos a acompañarle en perfecta armonía para interpretar una coral universitaria a pleno pulmón.

Purián, que nos observaba con la mirada perdida y algo enajenada, escondió su cabeza bajo las ajadas sábanas -ajándolas más con el movimiento- como si con eso consiguiera huir del monocorde y desafinado canto que, cada vez con más pasión, nos esmerábamos en interpretar.

Eran como cantos mohicanos que, aderezados con risas y enarmozados con la improvisación impulsiva de cada uno, creaban una atmósfera incongruente en aquel extraño lugar, atmósfera que se desvanecía con la creciente hilaridad de todos.

Tras arduos esfuerzos, poco convincentes por cuanto cada dos por tres se unía a nuestras risas, Purián consiguió echarnos de la sala y que le dejáramos dormir.

—¡Cuidado con la reina!—, le comenté al salir.

Continuamos riéndonos con todo lo que salía a nuestro encuentro, aunque poco tiempo después fuimos dispersándonos en grupos o a solas, separados por la atención selectiva de cada uno. Mientras caminaba por una oscura sala llena de reflejos de cristales que se precedían por los reflejos de los ojos artificiales de los animales disecados, las voces de algunos me llegaban mezcladas por los golpes que daban otros. Incluso, se oyó la rotura de algún objeto que sonó a porcelana y a risas cuando tocó el suelo.

—El jarrón de la abuela se ha roto—, le dije, a modo de confidencia, a un extraño ser que me miraba impávido desde un anaquel.

No me contestó -el maleducado-, pero poco me importó eso, ya que la apariencia del bicho me sacó de mis casillas. En un principio solté una sonora carcajada que rebotó por las paredes del museo y fue contestada por los ecos. Era un animal extravagante como nunca había visto, y me acerqué a él para examinarle con más atención.

Tenía un largo pico que casi le llegaba a los pies, muy grandes y conchados como una mecedora. Sobre su cabeza tenía un penacho de pelos cobrizos, y del cuerpo, que tenía la forma de una gota de agua, le brotaban un par de alas de color blanco-azulado. La zona pecto-estomacal

estaba cubierta por grandes escamas al modo de los saurios. Levantaba unos 60 centímetros de altura.

¿De dónde había salido ese animal? La curiosidad por saber algo más de él se me movía serpenteando cual gusano bífido por las cañerías de mi cuerpo. Había una plaquita que lo identificaba:

nº27 Bif adulto
--------------------

«Es impresionante...— pensé —la cantidad de seres que desconocemos que existen en el mundo». Viendo el *Bif*, recordaba a los Monjes Ensimismados, por cuanto éstos me resultaban extremadamente extraños, aún viviendo entre nosotros. Era como si, al ver seres de apariencia normal por ser habituales, me clavaran en los sesos miles de agujas de coser, una a una, con cada gesto que descubría en ellos, con cada rasgo de su fisonomía, con cada sonido y cada movimiento que efectuaban. El *Bif* me era extraño en sí mismo, por no conocerle anteriormente, pero más por su extraña fisonomía, casi chistosa. Formaba una figura semicircular, envolviéndose en sí mismo por la forma de su cuerpo y por la disposición de su pico y sus patas. Nunca había visto nada igual, ni siquiera en la exposición del Museo de Arte Moderno. Estaba tan embobado con la observación del animalejo que, poco a poco, fue viniéndome el cansancio de un día tan intenso e inesperado. Me senté en una sillita de tela que debía ser la de algún vigilante de la sala, y, mientras mis ojos se me desprendían por tanto mirar al *Bif*, fui relajando mi cuerpo hasta un estado de evanescencia casi completa.

Debí quedarme dormido. Y creo que soñé.

## Sexto - El Sueño

«Ya se me ha olvidado lo que quería decir.

Es como si fuera impulsado para pensar. Porque los pensamientos no son míos, o, si lo son, están muy lejanos, muy lejanos.

Hace un minúsculo momento, que parece un sacrilegio, me sentía obligado a caminar entre mis amigos, a mover esferas para golpearlas en un sitio y en otro. Algo indefinido, pero muy poderoso, obligaba a mi cuerpo a buscar la posición justa para atinar con las circunstancias, aunque no siempre acertaba. Y ese algo me torcía la cabeza en un gesto repelente y antisubversivo. Me decía a mí mismo que dejara de forzar-me, aunque supiera que también me obligaba a continuar con ello. Seguro que no estaba en condiciones de parar, como no las tenía para seguir. Al andar, sentía impudicamente pinchazos en ciertas zonas de mi marchito cuerpo y notaba resquemores que helaban mis enfermos músculos.

Detuve mi andadura y, tras la despedida, hice que alguien me llevara pagando su servicio. Mi voz estaba literalmente empastada y opté por el silencio porque todo me apretaba y me hacía ansiar mi voz.

—Quiero oirme—, dije casi sin saber. Me escuchaba muy retirado, lejos de mí mismo. Por el contrario, las condiciones que me rodeaban

eran ensordecedoras y pasaban por mis oídos como relámpagos al anochecer.

No sabía cómo detener mi camino y, aunque debía hacerlo, ocultaba mi cabeza ante el conductor. Dije algo y lo conseguí. Llegaba a casa a esconderme dentro de mí huyendo de mí, mismo y perdido en la inseguridad.

Al rato miré mis ojos. Estaban abiertos como culos de botellas. El negro perdía los colores. Se me alejaba progresivamente la concepción de todo y me mantuve alucinado intentando sonreír a mis pupilas, que me estaban mirando desde un punto de vista procedente de mi interior. Como un onanista andrógino. Pero, claro, estaba frente a un espejo.

Los ojos no se cansaban de oír imágenes. Cuadros, colores, flechas, movimientos, armonías y frecuencias giraban, al cerrar mis párpados, como oropéndolas en la nieve.

Partes de mi cuerpo yacían inertes y sin sentimientos. Sólo descansaban.

—¡¡¡Mi lengua!!!—, chillaba con voz de autoridad abogacil mientras mi boca chorreaba, babeaba y despachaba a gusto todos los sabores de esa noche.

¡Qué de ruidos! Me encogía. La comprensión se me hacía incruenta porque ¿cabe la comprensión de ciertas vísceras hasta ese punto?

Me estaba dando la noche. No paraba de automolestarme inventando cosas que quería hacer pero que no me apetecía hacerlas. Al final siempre acababa haciéndolas esperando que fueran las últimas.

Deseaba el sueño. Quizás para olvidarme de mí durante algún tiempo.

Un tío saltó sobre mi escaparate. Bailaba soul con ritmo africano al compás de un zumbido y sobrepasando sus músculos.

Mientras, mis ojos encendían progresivamente la luz y notaba que mis pupilas crecían con la nueva claridad.

Mis vías para la discriminación táctil y sensibilidad cinestésica estaban atascadas. Necesitaba un fontanero... o un cuervo.

Las líneas señalaban hacia todas direcciones sin que pudiera discernirlas. Me repetía continuamente no repetir tales consonancias, pero la

mano no era precisamente un cáliz de rosas arañantes.

Y las máquinas sonaban...».



Me desperté negroso y apesadizo, lleno de resquemores de futuro que empalagaban mi boca. El extraño sueño me había oradado la lengua empastándome el habla y los reflejos.

Lo primero que vi fue un grifo. Bebí agua con fruición y me lavé un poco para despejar mis entendederas.

Como estaba solo y los demás debían de seguir durmiendo, decidí visitar el museo con la nueva luz del amanecer.

Era bastante curioso que a estas horas de la mañana no hubiera nadie en el museo, ningún encargado, ningún vigilante, nadie. Incluso, daba miedo. Si el museo no estaba abierto quizás podría ser por las circunstancias del exterior y eso significaba que debían de ser muy graves. Aunque, dado mi estado, casi de superviviente a la noche anterior, preferí desechar ese pensamiento.

Comencé a caminar por las salas fijándome sin mucha atención en algunas instalaciones, en algunos animales o en los extintores que colgaban de las paredes. Una puerta con el cartel de privado me atrajo. En ninguna otra ocasión tendría la oportunidad de ver qué hay tras las puertas en las que pone 'PRIVADO'.

Tras ella había lo que parecía un laboratorio, con todas las características habituales de un lugar dedicado a la investigación: ficheros, mesas llenas de papeles, anaqueles, estanterías repletas de libros y tratados, tablas de baremos cubriendo las paredes... Al fondo, tras unos cristales a modo de separación aséptica, había lo que parecía ser una sala de operaciones. Y hacia ella me dirigí, pero no pude entrar. La puerta tenía una de esas cerraduras con tarjeta que identifica a quien desea traspasarla. A pesar de ello, al estar las luces apagadas, la luminosidad de la mañana entrando por los ventanales del laboratorio, me permitía que, adhiriendo mi nariz al cristal, pudiera observar con bastante nitidez el interior de la sala.



Si estuviera en condiciones de presuponer mi futuro, sería capaz de asegurar que nunca olvidaré lo que pude ver allí. Dramatizado por la oblicua luz del amanecer que alargaba las sombras, el cuerpo de un tipo yacía abierto en canal sobre una camilla, con las tripas fuera, con los pellejos colgando, con la expresión gris y apagada de la muerte. Nunca antes había visto un cadáver, a excepción de los disecados del museo. Pero éste no era el de un animal, sino el de uno de los nuestros. En él podía ver todo lo que yo también poseía. Sus vísceras eran las mías y éstas se me encogieron de aprensión. No podía apartar mis horrorizados ojos de todos los detalles que allí se exponían: hasta los dedos de ese individuo estaban atrapados uno por uno en una especie de prótesis metálica que mantenía las manos abiertas y permitían que otros aparatos separaran claramente las uñas, levantándolas de posición habitual.

«¡Joder con los científicos— pensé. —Más que investigación parece una sesión de sadismo». Y es que siempre he sido muy sensible.

Cerca de la camilla y junto a esos aparatos, desconocidos para mí, que debían de servir para hacer todas aquellas burradas, un par de pizarrones llenos de anotaciones y dibujos parecían contener alguna explicación de todo aquello.

Y entonces volví a verlo. El *Bif*, ese animal extraño que me había hechizado la noche anterior, se encontraba entre los dibujos de las pizarras. Esforzando mi mirada para apreciarlo bien, me pareció leer algunas notas sobre el supuesto animal y su aparente procedencia de la barriga del tipo que descansaba destripado sobre la camilla. La verdad es que entendía bien poca cosa, pero mi ya enrarecida imaginación comenzó a bailar.

¿Habría un bicho similar viviendo dentro de mis intestinos? ¿Y estaría solo? En ese caso, la individualidad de los Monjes Ensimismados no era nada comparada con la del *Bif*. Porque si yo no sabía de su existencia, ¿sabría él de la mía?

¡Qué absurdo! Si nuestro planeta tuviera inteligencia, a mí no me importaría no saberlo para vivir en él. Ese bicho tendría su universo en mis tripas, con sus convulsiones digestivas, sus inundaciones alcohólicas, la música de otro mundo oída como la del suyo a través de la fina

capa de mi cuerpo que los separaría. Poético.

La pudibundez de mi templanza ante el cadáver mutilado y la poesía de mis cogitaciones sobre los *Bif*, empapaban mi boca glasurosa de emociones.

Quizás fuera hambre.

Anonadado por mis descubrimientos y ansioso por compartirlos con alguien, corrí a olvidarlos en busca de mis amigos, a los que aún no había visto por el museo.



Abrí de nuevo los ojos.

Me sentía embotado y presuroso, lleno -y no sé por qué- de incertidumbres por nuestro pasado que grapaban mis párpados. El extraño sueño que había tenido me había incinerado la garganta, paposeando mis palabras y mis reacciones.

¡Lo que daría por algo de agua que refrescara mi gaznate!

## Séptimo - Desapariciones

Anduve por las salas tratando de olvidar mis sueños, al bicho disecado del anaquel y mi lamentable estado. No coordinaba bien ni mis movimientos ni mi mirada, que se deslizaba por entre todos los corredores del Museo como buscando líquidos que la diluyeran en la intensa luz de la mañana. Había demasiada luminosidad para un edificio cerrado, y también para mi entendimiento, que se encontraba realmente oscurecido por la mala noche que pasé durmiendo encogido en la silla del vigilante.

Y ni rastro de mis amigos.

Grité esperando oír alguna respuesta, pero sólo algún eco apagado de mi propia voz acompañó a mi propia voz.

Cuando llegué al vestíbulo de entrada, me encontré con una inesperada sorpresa: la fachada principal había desaparecido. Podía ver el exterior del museo desde el interior de la sala. A ver si puedo explicarlo bien: la pared que la noche anterior cerraba el edificio ya no estaba. Nada tapaba mi visión, como ocurría con los otros tres laterales, y dentro del Museo, donde había sido dentro hasta hacía pocas horas, ya estaba fuera de él. Si hubo allí una pared, no quedaba ni rastro de ella, ni edificado ni derruido. No podía alcanzar a entender cómo en un

noche habían podido eliminar la fachada del edificio —histórico, para mayor delito— sin que quedara ningún atisbo de la operación.

¿Pero realmente había pasado una sola noche durmiendo en el Museo? Mi cabeza y mi cuerpo se rebelaban contra la idea de que hubiera permanecido allí tanto tiempo —además, sin ser encontrado—, como para que el edificio hubiera podido sufrir tal transformación. Quizás esa extraña posibilidad podía explicar que no diera con mis amigos, aunque de ningún modo mi estado físico. A pesar de encontrarme con el cuerpo dolorido, casi maldito por las pasadas diversiones, no podía asumir que hubiera estado aletargado el tiempo suficiente como para que de la supuesta obra no quedara ninguna evidencia.

Las sensaciones de aturdimiento se aceleraban y se agolpaban locamente dando coces dentro de mi cabeza. Quería escapar a una realidad más normal y familiar, aquella en la que, hasta la mañana anterior, yo había estado viviendo.

En el jardín del edificio había algunas personas, pero nadie se fijaba en mí. Es más, ni siquiera se movían. Uno de ellos estaba sentado entre la hierba con la cabeza girada hacia arriba, en una posición algo informe, como observando la lejanía del firmamento. Otro permanecía de pie, con las piernas y los brazos muy juntos, muy estirado él, y mirando su propio cuerpo. Me acerqué a ellos, atravesando lo que un día fue pared. El del suelo no cambió de posición cuando estuve a su lado.

—Oiga—, le dije. —Escuche—, insistí. Pero nada, su mirada continuaba vagando hacia arriba, dándole una expresión de enajenación profunda. Le toqué en el hombro tímidamente; después, le apreté un poco y llegué incluso a zarandearle, pero ni se inmutó ni varió su actitud de ausencia.

Me estaba asustando de verdad. Me acerqué nervioso al otro individuo, el que estaba mirándose a sí mismo. Su cabeza giraba repetitivamente en dirección a un brazo, a una pierna; de ésta a la otra pierna y de ahí al otro brazo, y de éste a la primera pierna, y así sin parar, mecánicamente, como activado por un resorte infernal que impedía extraer su atención de sus propios miembros.

Corrí, más asustado que nunca, hacia el hueco de la verja y salí al exterior del recinto. La calle ofrecía la misma patética situación: cientos

de personas se encontraban enquistadas en sí mismas, unos agazapados en rincones, como asustados hasta de su propia vida, otros golpeándose repetidamente contra los escaparates o las mamparas de cristal de las paradas del autobús. Había una sinforosa que trataba de introducir su mano en su propio estómago, como queriendo sacar algo de él.

Me moví alocado entre todos aquellos seres inánimes y obsesionados. Empujé, pateé y grité con todas mis fuerzas a quien me encontraba en mi deambular ilógico por la ciudad. Mi corazón estaba a punto de estallar agitado irracionalmente por la batidora de la irracionalidad.

Un tipo se plantó frente a mí y, señalándome su mano, dijo:

—¿Qué es esto?—.

—¿Qué pasa aquí?—, le grité sin escucharle, quizás algo aliviado al oír hablar a alguien.

—¿Qué es esto?— insistía. —¿Qué es esto?

Le dejé con su desconocida mano y opté por buscar en las cercanías de mi casa, en donde esperaba encontrar a alguien de mi grupo que me explicara algo. Si es que alguien podía explicar algo de lo que ocurría.

Corriendo hacia mi barrio, me topé con Laur, la ex-sinforosa de Azopito a la que hacía mucho tiempo que no había visto. Mi momentáneo consuelo se transformó en desesperación cuando me dijo:

—Voy a cortarme el pelo.

¡¡¡Voy a cortarme el pelo!!! Cómo podía hablar de su hermosa cabellera rubia en momentos como esos. Y lo decía tranquilamente, como si fuera un día cualquiera, normal, como los que anteriormente habíamos vivido.

La agarré por los hombros y la abracé con fuerza. No sé por qué, pero también la besé. Quizás buscaba el calor de algo conocido y sensato.

Sensato puede, pero conocido, no. La verdad es que nunca antes la había besado. Puede que ese frenesí a nuestro alrededor me diera pie a aprovecharme de su aparente indiferencia para lograr unir mi aliento al suyo. Se dejó besar y besó divinamente. Pero, al separar nuestros adheridos rostros, sonrió, se zafó de mi cariñoso abrazo y se esfumó muy ligeramente por la calle, repitiendo que iba a cortarse el pelo.

Ni siquiera traté de seguirla.

En ese momento ya no sabía qué era lo que más me afectaba: si el caos reinante en la sociedad que había sido mi familia, o el beso a Laur, tantas veces deseado, que se perfilaba como primero y último. Porque algo me decía, como un lagarto siseando sus palabras en mi oído, que no volvería a verla. Ni a nadie conocido. Ni a nadie cuerdo.

Empecé a sospechar que me hallaba encerrado en una gran cocteleira, en donde los pensamientos de toda la humanidad estaban disolviéndose como hielo en la mezcolanza de un agrio batido.

Y yo también era hielo.



Poco a poco, el tiempo se convirtió en bálsamo para mis heridas. Mis pensamientos iban apaciguándose a medida que conseguía domesticarlos como a caballos salvajes. Me iba haciendo dueño de ellos y conseguía hilar algunas ideas.

Fue entonces cuando decidí escribir todo esto por si podía servirme de alguna ayuda, aunque ahora ya no estoy tan convencido de que valga para algo, de que alguien pueda leerlo algún día; incluso de que yo mismo pueda volver a releerlo. Aún así, seguiré escribiendo hasta que pierda la conciencia de ello.

Porque ya creo saber lo que está ocurriendo. Al menos, lo sé para mí, quizás para consolarme y conformarme. No puedo imaginar por cuánto tiempo, pero, al menos, mientras dure, servirá para darme una explicación lógica o ilógica de esta desintegración de todo. Pero explicación al menos.

## Octavo - La destrucción del mundo

El sonido.

Y los colores.

Aún lo oigo y los observo. Aún disfruto de ellos.

Aunque los disfruto como si estuviera corriendo en una carrera alocada que me aleja, que me hace huir de los estertores agónicos de la ciudad. Trato de separarme, en la inconsciencia, de ver morir a esta marchita y ajada civilización, que se hunde cada vez más en su excipiente, en su excedente, en su excomuni3n con los vientos.

Todavía consigo acordarme de Laur y de mis amigos. Puedo visualizar en mis recuerdos c3mo los he perdido con la contaminaci3n del exterminio. Pero s3 que no volver3 a verlos y, quiz3s pronto, ni siquiera a recordarlos.

Lo cierto es que no s3 cu3nto tiempo durar3 sabiendo en d3nde me encuentro, conociendo que soy y que puedo reconocerm3. Seguro que acabar3 perdi3ndome.

Como todo, que se est3 perdiendo. Como el mundo, que est3 dejando atr3s su historia. Como sus habitantes, que se est3n consumiendo en el olvido de s3 mismos.

Los paseantes azules caen como moscas en churrasco.

Azules, verdes o cianes, amarillos o púrpuras. Me resisto a perder los colores, e identifico a la gente con ellos. De tanto en tanto grito en falsete o rompo vajillas o golpeo metales o tiro piedras a los cristales que veo. Tampoco quiero olvidar el sonido. Me ayuda a no volverme loco de miedo ante lo que sé que me va a ocurrir. Parece que evita que sienta descarnadamente la destrucción en su desangelada y desconsoladora realidad.

Aunque, también lo sé, por extraño que parezca, no hay nada que se esté destruyendo, a pesar de que la destrucción del mundo esté en mi conciencia.

El tiempo que tengo ahora me parece eterno. Todo está a mi disposición, pues parece que soy el único que aún recuerda que existe ese todo. A pesar de estar rodeado de tanta gente, toda ella alocada, me siento absolutamente solo en este mundo tan grande. Supongo que habrá gente en sus cabales como yo -si es que aún estoy cuerdo-, pero todavía no me he cruzado con nadie con quien pueda hablar algo argumentado lógicamente.

Esto me recuerda que tampoco antes, cuando el mundo era mundo y la gente no estaba distorsionada como se encuentra ahora, antes, digo, tampoco era fácil encontrar a alguien con el que hablar algo interesante. Quizás lo interesante no existía ya en una civilización que lo banalizaba todo, que cualquier cosa, por importante que pareciera, duraba el tiempo que tardaba en anunciarse su interés, desapareciendo automáticamente para dar paso a otro interés vendible, a otro interés comunicable, tan fugaz como el anterior.

Hablar ahora del pasado no tiene mucho sentido para mí, pero es lo que he conocido toda mi vida. Es por eso por lo que paseo por la ciudad de vez en cuando, visitando lugares a los que antes nunca hubiera entrado, porque no me hubieran permitido el paso o, simplemente, porque nunca me hubiera interesado en entrar en ellos... También paso mucho tiempo leyendo. Tengo toda la Biblioteca Nacional a mi disposición, todas las bibliotecas públicas y privadas, todos los libros que cuentan que el mundo ocurrió una vez. Revuelvo entre los miles de



ejemplares allí almacenados, puede que a la búsqueda de algo que pueda darme pistas sobre lo que está ocurriendo. Sin embargo, descubro que nada de lo que explican los libros de historia o filosofía se parece a esto.

En el pasado, millones de personas creyeron sentir, enfrascados en su tiempo y en su espacio, la destrucción del mundo sobre sus cabezas. Sus ciudades fueron azotadas por la guerra, la enfermedad, el hambre, la villanía, los cataclismos o las fuerzas siempre ocultas e insondables de sus dioses. Se sabían perdidos y, por una especie de trabazón lógica, acompañados en su desdicha por todos los demás. Para ellos, el mundo acababa, el tiempo se detenía: se acercaba el gran juicio para algunos y la nada para otros. Olvidados por la esperanza, muchos excavaban en sus mentes para encontrar alguna especie de salvación eterna, ensalzando los propios valores a algún dios de pacotilla acogido a vuelapluma como a un asidero en una caída. Otros, quietos en su duda, esperaban el golpe final que les destrozase la conciencia y les sumiera de repente en la negritud o, mejor, en la negación más absoluta.

La historia nos ofrece ejemplos continuados de esta teoría, desde que el primer emperador conocido, Sargón, inauguró una larga serie de conquistas, sometimientos, catástrofes, iras y miedos. Ejemplos que no cesaron desde ese momento y que se extendieron a lo largo de los siglos acompañando a las temibles convulsiones de la tierra, a las insidiosas bocanadas de los vientos y a los enigmáticos gobiernos de los dioses.

Desde las ahogadas Harappa y Mohenjo-Daro hasta la resquebrajada San Salvador. Desde que un dios cruel y vengativo escupió mortalmente sobre Sodoma, Gomorra, Seboim y Admá, hasta que un semidiós ignorante y poderoso asoló Hiroshima y Nagashaki. Desde el pequeño reducto del esclavizado monasterio de San Aidan en Lindisfarne hasta la gran Roma imperial incendiada o la mítica y grandiosa Persia arrasada por las hordas expansionistas de Gengis Kan. Desde unas islas del Índico Sur ahogadas por una inmensa ola de proporciones inimaginables, hasta un soberbio monarca sirio destrozando a su pueblo y creando, sin pretenderlo, grupos cainitas que refuerzan su empeño en masacar la vida y la conciencia de la historia. Desde cualquier punto y lugar hasta el momento actual, el mundo ha estado lleno de destrucciones de

mundos. Y hubiera seguido así hasta el fin de los tiempos, si es que eso significa algo.

Ahora, sin embargo, es diferente. Quizás sea este el verdadero fin de los tiempos. No son incendios amarantosos ni genocidas tiranos y macilentos; no son batallas últimas ni vomitonas hirientes e hirvientes de la tierra; no se caen los edificios con sus habitantes dentro ni se rompe en mil suelos el suelo que los sujeta. En esos casos cabían errores del destino, fallas en la destrucción de los ecos. Muchos salvaban sus vidas y se reorganizaban en un mundo todavía con posibilidades concretas de edificarse de nuevo.

Nuestro camino actual hacia el fin es someramente distinto a lo sucedido en cualquier otro momento. La realidad va perdiendo poco a poco su coherencia, la integridad de la que pensábamos que estaba formada. No se trata de que los sentidos pierdan eficacia, como ocurre con la enfermedad; ni es como el dolor de la muerte aplastándonos los hígados. Puede decirse que es una nueva y extravagante forma de morir, aunque no sea morir la palabra más precisa.

De repente descubres que no sabes qué es un árbol, o una casa, o una hermana o una pierna rota. No se trata de un olvido ni de una intoxicación mental, no es un veneno ni una proyección virtual que altere nuestros sentidos. Por menos que te des cuenta, dejas de darte cuenta de algo, pierdes la noción de algún concepto u objeto, aunque no como un retorno a una infancia todavía no cultivada y con la memoria virgen.

Es más, mucho más. Se extiende más allá de uno mismo. El objeto en cuestión, persona, idea, animal o lo que sea que deja de existir como concepto, pierde, para el que padece este horrible trance, su materia y su espacio en el mundo.

Es por esto por lo que veo a gente intentando atravesar las paredes, que aún están en pie -¿me ocurrió a mí esto con la fachada del Museo?, o a otros con la cabeza colgando de manera aberrante, quizás porque han perdido la noción de su cuello.

Yo, ahora, me tomo todo con absoluta calma y con algo de resignación. Trato de disfrutar de mi soledad entre miles de alocados e indiferentes personajes. Me he convertido en una especie de Onán, ya que

nadie me satisface ni me acompaña. Incluso las conversaciones las tengo conmigo mismo, aunque disimulo dirigiéndome a cualquier tipo que me encuentre por la calle, quizás para hacerme la falsa ilusión de que todavía hay una esperanza.

En realidad, todo lo que conocía ha desaparecido de mi alrededor tal y como lo conocía anteriormente. Ni siquiera los Monjes parecen haber escapado a todo este proceso de destrucción de la realidad. Mis emociones son vacías y sin sustancia, pero ¿sobre qué puedo tener emociones si desaparece de mi cabeza y de mi mundo el concepto de aquello sobre lo que puedo sentirlas?

Es el reverso de la moneda. Demos las vueltas que demos siempre aparece un rostro que se pierde, un edificio que se esfuma, un árbol que se evapora. Es un borrón. La nada comienza a hacer sombra sobre nuestra realidad.

Es un NO profundo.

Cuando desaparezcamos todos, cuando todos dejemos de tener conciencia de todo, ¿seguirá existiendo todo lo demás?

## Noveno - La conversación entre los niños

Silencio.

Una línea corta la imagen en dos mitades ligeramente desiguales. Es el horizonte, y difumina casi inapreciablemente el azul inferior con el amarillo superior. Ambos colores se confunden de manera insultante y nadie diría que hay diferencia alguna entre ellos, pero aún así, es notorio que el cielo rezuma amarillento sobre una tierra azulada.

Y sin embargo no hay verdes.

En estos momentos nada más mancha la escena. Aunque quizás lo que comienza a escucharse sirve para tintonarla como un elemento más: un suave repiqueteo con ritmo macilento al que acompaña una melodía infantil y algo turbia. Es una frase musical, harto simple, que habla de la realidad y de la inexistencia con un cierto aire burlón y despreocupado.

No sé si estoy en lo cierto al hablar de todo esto, porque la verdad es que no hay nada. Ni tan siquiera yo mismo, que no debería estar hablando ni pensando...

...ni existiendo.

Pero de alguna manera habremos de apañárnoslas para poder escuchar a esos dos niños que en breve aparecerán en escena.

Imaginemos por un momento que podemos trasgredir los límites de

lo permisible para así poder asistir a una fantástica representación teatral que raya lo inadmisibile.

De esta manera podemos volver a lo de antes: el horizonte difumina casi con desprecio el azul del cielo con el amarillo de la tierra. Unos acordes algo disonantes preparan la escena. Tras la línea que corta los colores de la imagen aparecen sin darnos cuenta dos cabezas de sendos niños.

Asomados a la tierra y escondidos tras el horizonte como un sol que se oculta en el atardecer, parecen observar distraidamente el vacío que llena el mundo.

No se han visto el uno al otro. Tampoco sé si saben de su mutua existencia. Pero aún así hablan.

Y ahora, silencio, por favor.



—El tiempo corre que vuela— dice el Niño Maldito derramando sus palabras sobre la llanura que tiene ante los ojos. Su mirada es despreocupada y no parece importarle la insidiosa pesadez de lo que dice, aunque los cráteres formados por las letras de su frase hayan horadado y agitado con brutalidad la, hasta ahora, vírgen superficie del mundo, creando así simas y altitudes, moviendo tierras y alterando la linealidad del espacio.

—¡Cómo!— exclama el Niño Cabrón, que estaba algo difuminado, haciendo notar su presencia, haciéndose de esta manera más nítido y corpóreo. —He creído oír que el tiempo corre. ¿Es eso cierto o he oído mal?

—No más— parece contestar el Niño Maldito. —Sin sentirlo han pasado ya cerca de dos molestas horas desde que he osado conjugar mi escueta nariz con este aburrido paisaje.

—Cosa que no ha contribuido a embellecer el entorno.

Tras una breve pausa de dos millones de minutos, el Niño Cabrón parece haber conseguido regresar a aquello que había enturbiado su entendimiento y rompe ese silencio que comenzaba a resonar con demasiado estrépito:

—¿A qué velocidad iban esas dos horas?

Los ojos del Niño Maldito se abren como grandes lagos púrpuras anegados con los reflejos de las magnolias y los crisantemos, que se ahogan en la orilla con los abrazos de los líquenes, los musgos y los hongos. —No te entiendo— dice.

—Si como sugieres, el tiempo pasa...— explica el Niño Cabrón —...es porque se está moviendo, y, si así lo hace, ha de llevar una velocidad.

—Efectivamente. Y la velocidad es constante.

El Niño Maldito esgrime con tibieza sus palabras. Da la sensación de que ya está más reposado, de que aquella alarma que había enturbiado su cerebro ha cesado.

—Creo no equivocarme cuando digo que su velocidad puede determinarse así: un segundo por segundo.

—¿Y por qué no un día por día o un año por año?

—Porque viene a ser lo mismo— remarca el Niño Maldito, con un gesto entre burlón y suficiente. —Fíjate que una hora por hora es lo mismo que tres mil seiscientos segundos por hora, que también son tres mil seiscientos segundos, y que un día por día son ochenta y seis mil cuatrocientos...

—¡Ya, ya, ya!— interfiere con cierto recogimiento el Niño Cabrón, no exento, empero de cierta sorna acompañada de una mirada algo tosca y agresiva. —¡Oh!— y deja los ojos en blanco al mirar hacia atrás sin volver la cabeza. Parece ciertamente afectado ahora.

—¡Cuánta razón tienes!... o crees tener—, concluye con cierto sarcasmo. —Puestos a reducir tu apasionante desarrollo numérico, el resultado final viene a ser igual a uno.

—Claro, claro. Por fin te das cuenta.

El Niño Maldito esboza media sonrisa dejando entrever una amalgama de piezas, tan blancas, que nadie podría pensar que son dientes.

Su estúpida expresión, unida al blanco casi mareante de su boca, hace pensar que se da inocentemente por satisfecho con el desarrollo del enfrentamiento dialéctico que ha mantenido con el Niño Cabrón. Se le queda una expresión de profesor compasivo ante un inútil alumno que por fin alcanza su magna comprensión.

—Quien no se da cuenta de nada eres tú. ¡Obtuso!— grita encolezado el Niño Cabrón, puede que algo ofendido por la mirada altiva y displicente que le ha ofrendado el Niño Maldito.

—Queda reducido a uno. Pero uno ¿qué? Segundos no, por supuesto.

La anterior supremacía ideológica e intelectual del Niño Maldito se convierte en un balón de fútbol desgastado por trescientos treinta partidos. Su tez se agría y sus manos anárquicas comienzan a arañar su pecho que, desgarrándose, suspira envenenado haciendo notar que un cierto atisbo de inquietud ha comenzado a rondar frenéticamente por su cabeza.

—Al estar reducido a uno— prosigue el Niño Cabrón —esto nos lleva a pensar que el tiempo no pasa, que siempre permanece en la unidad.

El sonido del mundo empieza a desparramarse grandilocuentemente por todos los rincones a medida que amanece entre los dos Niños, reduciendo poco a poco sus sombras proyectadas sobre la arena.

—¡No puede ser!— vocifera el Niño Maldito. —Observa cómo avanza mi reloj: siempre hacia adelante. No me puedes negar que hace unos momentos era dos horas menos que ahora.

El Niño Cabrón se regodea en arañar con sus alargadas uñas el árido espacio que, bajo sus narices, comienza a florecer y a germinar a la vida. Coge un grano de arena y, apuntando bien, lo lanza a la nariz del Niño Maldito, a la vez que le dice:

—Me descompones, oye. Tu reloj te señala un intervalo de tiempo, pero no su velocidad, que no la tiene. Es algo así como una regla, pero no como un velocímetro.

—Entonces, si no fluye el tiempo...

—No hay pasado, ni presente, ni futuro. Toda esa aparente diferencia de tiempos alejados entre sí comienza a existir cuando tú existes—, explica el Niño Cabrón, tranquilo y regocijándose amablemente con la observación del brote de una begonia entre los surcos que ha creado al arañar la tierra. —El tiempo en sí mismo—, continúa, —sólo existe si tú lo concibes, y sólo desde el mismo momento en el que lo haces.

Cualquiera, de existir, podría darse cuenta de cómo va enardecándose el paisaje. Las flores aparecen salpicando de colores el verde de los campos a un ritmo frenético. Es como un caleidoscopio de sensaciones visuales que se acompaña del ulular de las ramas y las hojas que, movidas por el viento, componen una melodía enarmónica. La feracidad de la estampa es impactante.

—¡No, no, no, no!— exclama, horrorizado, el Niño Maldito.

Al fondo, un estertor abre la tierra en dos y una columna de humo y fuego se alza hacia los vapores grisazulados que ocultan el que anteriormente fue un firmamento amarillo.

—¡No puedo aceptar eso!— continúa el Maldito. —Según lo que dices, no existe un tiempo objetivo, universal, ajeno a las conciencias que puedan concebirlo. No puedo admitirlo.

La tormenta intelectual del Niño Maldito tiene su reflejo en la que al fondo se desarrolla con estrépito. Rayos, truenos, silenciosos por la lejanía, agua hirviente, azufre y humo se vierten sobre un terreno que clama por moverse y removerse.

—Te entiendo..., pero piensa—, explica el Niño Cabrón, —¿cuál es el universo de un gusano que nace en una manzana, crece en su interior y se pudre con ella? Para ese bichejo, ¿existe un universo externo al de la manzana?, ¿hay otro tiempo aparte del suyo propio en el interior de la fruta? En realidad, el tiempo es como el espacio: una amplia superficie perfectamente moldeable sobre la que ocurren sucesos. Y si esos sucesos llegan a concebir por sí mismos el tiempo, es cuando éste comienza a



moverse. Pero, repito, sólo para ellos. Cada suceso tiene, si lo tiene, un concepto del paso del tiempo diferente al de los demás sucesos. De hecho, los sucesos simplemente son, sin movilidad temporal.

Para acompañar a las palabras del Niño Cabrón, de entre los abruptos del calor interno de la tierra surge una bacteria anaeróbica que comienza a deambular por el mundo. Y se entrecruza con algunas otras. Parece como si, queriendo explicar el razonamiento que fluye entre los Niños, se presentaran como figurantes a una película evolutiva, sin guión previo, sin papeles definidos, en la que cada ser sabe por sí mismo lo que debe representar.

El Niño Cabrón observa gozoso el devenir de los sucesos y continúa con su explicación:

—El problema fundamental al que nos enfrentamos recae sobre la memoria. Sin recuerdos, el tiempo no existiría y viviríamos sólo el momento presente. Así, el aprendizaje es lo importante, y no la memoria. Lo fundamental es estar condicionados, por cualquiera de las causas físicas o químicas que lo determinen, a las circunstancias que nos rodean en cada instante, sin buscar analogías en nuestros recuerdos, porque cada momento es siempre único y diferente.

—¿De qué misteriosa manera podemos condicionarnos a esas impredecibles circunstancias de las que hablas si éstas no pueden ser previstas de antemano, ya que cada momento es diferente?

Las aletas de la nariz del Niño Maldito se abren con su pregunta y, al hacerlo, recoge los múltiples aromas que plantas, tierra mojada, volcanes furiosos y aires provenientes de diversos lugares empapan el entorno febril y vital.

—No sé— duda el Niño Cabrón, estrechando sus ojos de manera exagerada. Parece que tiene una intención con su gesto, pues, manteniéndolos como finas rayas, desvía su mirada hacia el Niño Maldito en una actitud algo despiadada y acusadora. —Eres tú quien debería saber eso. Bien sabes que yo soy el MODO y que tú eres la FORMA.

Justo en el intervalo que hay entre la pronunciación de las palabras MODO y FORMA, una amplia grieta se abre entre los dos Niños. De entre ella, surge un generoso manantial de agua limpia y cristalina, en la que se refleja, como en un espejo en movimiento, un rayo, poderoso y atroz, que cae a sólo unos centenares de metros del lugar. El espectáculo es tan abismal, que mantiene a los Niños aletargados en su contemplación durante largo rato. Mientras, agitan sus neuronas, activadas por la fuerza de los aconteceres, los devenires y los ecos.

—Quizás deberíamos pensar—, continúa el Niño Cabrón, ya repuesto del impresionante evento que ha presenciado, —en que el tiempo es una constante simultaneidad. Los sucesos del pasado no fueron, sino que son en el pasado. Lo son en el presente y no lo serán, sino que son en el futuro.

—Ese presente continuo turba mi cordura.

—Pero es que no es continuo, ya que la continuidad implicaría persistencia, constancia de un tiempo en movimiento, y no hay tal. Son tal la cantidad de consecuencias, como acabas de comprobar por tí mismo, las que concurren en la determinación real o ideal de un hecho, que el mero número de las mismas, por su granditud, nos impide pensar en una continuación, en un encadenamiento de los sucesos unos a otros. Son solamente hechos ocurridos en un instante y lugar determinados. E irrepetibles. Hechos perdidos en su unicidad.

El surtidor que se ha presentado entre ellos desborda su agua provocando riadas y desplazamientos de tierras. Poco a poco, transcurridos varios millones de horas, empieza a intuirse una definición de cauce estable. En los márgenes del río, algunas plantas comienzan a tornasolar la luz reflejada y algunos insectos marean con sus revoloteos entre las ramas húmedas y frescas.

Tras esta breve calma, el Niño Maldito parece haber barruntado una nueva proposición en su dialéctica:

—Y si, ¡já, já!, y si yo ahora mismo te parto la boca de un golpe, a buen seguro que mañana seguirás mellado aunque desees fervientemente

te tener todos los dientes enteros. Hay una ligera y dolorosa diferencia entre el antes, de que te rompa la cara, con toda tu dentadura nueva y reluciente, y el después, de que te haga saltar esos tus piñones de marfil que tanto escondes. ¡Es que estás empezando a joderme con tus teorías disparatadas!... JÓ.

»Vale, vale, ya me calmo... Pero ¿no es ésto un proceso irreversible que demuestra el paso del tiempo hacia adelante?

—En efecto—, asiente el Niño Cabrón, —tu pasado y tu futuro están definiendo una dirección temporal, pero no un momento. Sólo te informan del intervalo comprendido hasta o desde el instante en que me machaques los dientes, que, desde luego, no harás, pero ese instante, que no lo habrá, no queda definido. ¡Cálmate! No trato de negarte que exista la noción del paso del tiempo, que la hay gracias a todas esas cosas y circunstancias que nos rodean y que archivamos en nuestra memoria como si fuera una base de datos. Lo que intento explicarte es que todos los tiempos, aunque suene paradójico, son simultáneos y se relacionan entre sí, pero en conjunto, no provocando determinismos.

El sol revienta de calor por entre una oquedad de las nubes. Mientras, una extraña ave agita sus alas bordeando el río a la vez que un lagarto enorme reptar por entre los arbustos. La agitación vital de la zona es prodigiosa y se presenta en su máxima brillantez. Unos animales son cazados por otros, que, a su vez, son engullidos por otros de mayor calado. La fauna despierta sin rubor y se desentiende de los Niños que la observan.

—Te pongo un ejemplo—, improvisa el Niño Cabrón, quizás inspirado por el acontecer de las circunstancias. —Invéntate un potente telescopio con el que puedas deleitarte observando ese telón oscuro que llamamos espacio. Mira a través de él los objetos que parecen flotar en el firmamento: galaxias, pequeñas estrellas, lunas, cometas, polvo... Y quédate con una de ellas: una estrella azulada que está a diecisiete mil millones de años luz de distancia.

»Te sobrecoge su belleza y despierta en ti un preclaro sentimiento de apatía soñadora. No puedes resistirte cada día, al ponerse el sol tras

el horizonte, salir a la terraza de tu bien equipada casa de campo, apagar las luces con forma de seta de tu jardín y las que iluminan desde el fondo tu piscina de cuatro calles, y coger ese telescopio para observar durante horas esa estrellita azulada que te llama desde lo profundo del universo embelesando tu corazón plañidero.

»Y escribes poesías cursis y tontas canciones que nunca serán cantadas al placer, algo místico, algo sexual, que la estrella te depara.

»Date perfecta cuenta—, incide el Niño Cabrón, —de que da igual que sea una estrella o un cometa de larga cola. Es sólo un ejemplo y bien podrías haberte embriagado con el huesecillo de un mamut, provocándote impulsos suicidas.

»Pero quedémonos con la estrella. Recuerda que está alejada de ti unos diecisiete mil millones de años luz. Quizás sea esa lejanía lo que la hace misteriosa y mágica a tus ojos. Pero esa distancia nos dice que la luz que de la estrella sale tarda en llegar a ti diecisiete mil millones de años. O, lo que viene a ser lo mismo, que tus ojos presentes y conscientes, soñadores y un tanto feúchos, están siendo excitados por los cuantos de luz que provienen del pasado. La estrella que tú ves ahora pertenece a un momento situado diecisiete mil millones de años atrás, y ese instante anterior revierte en tu actitud presente, haciendo que te sientas romántico y pareciendo todavía más estúpido de lo que eres, Es decir, podrás emocionarte o sentirte indiferente ante ello, pero, en realidad, estás viviendo el pasado en el presente, y no por los recuerdos precisamente.

—Bonita historieta—. El Niño Maldito está congestionado intentando asimilar la larga disertación del Cabrón. —¡¡¡Modismos!!!—. decide.

—¡¡¡Formalidades!!!—, le replica el Niño Cabrón.

—¡Pero es que eso es hilar muy fino!

Una rapaz ha cazado un ratón blanco que, agazapado entre unos arbustos se creía seguro y preparado para atrapar el huevo de una serpiente mientras ésta había partido en busca de alimento y se había encontrado con el nido del halcón que posteriormente ha atrapado al ratón.

—Ya estás empezando a hartarme con tu maldita insatisfacción intelectual—, protesta el Niño Cabrón. —¿Acaso no es hilar muy fino lo que provocas al crear a todas estas criaturas que vemos, devorándose unas a otras, luchando por vivir y seguir viviendo, atrapadas todas ellas en su propia existencia cual arabesco barroco?

—No intentes esconder tu responsabilidad en el asunto. Tú me ofreces la BASE para hacerlo.

—Cierto, cierto. Y es que tú no puedes actuar más que siguiendo las pautas que te impone mi MODO, sin movimiento, sin actividad, sin ni siquiera FORMA. Tú, basándote en mi figura, confieres movilidad a la base y la alteras de acuerdo a los caprichos de la impredecibilidad que marca ese mismo movimiento.

—Pero el movimiento está determinado. Tiene unos esquemas de lo limitan y delimitan, e impide que se escape por peteneras y ¡olé!

—Te equivocas, bocazas. ¡Cuánta cantidad de absurdos soportan tus palabras! Hay algo que diferencia tu presencia de mi ausencia: el movimiento, que atiende a una sola ley: el azar, destructor de todos los pilares sobre los que se sujeta tu endeble mansión determinista.

De manera fulminante, y como si las palabras anteriores del Niño Cabrón fueran una premonición, una tormenta descarga un potente aguacero sobre una zona anteriormente desértica, durante cuarenta días con sus noches. Los vientos casi huracanados que provienen del norte llegan cargados de semillas producidas en los bosques frondosos y, aparte de remover las aguas que han ido encharcando el aridal, depositan su carga entre los terrunos lodos. Quinientas treinta y dos horas más tarde, un brote de pensamiento surge de entre los barro, al que suceden posteriormente muchos otros, alfombrando de verde y humedad el que antes fue un terreno amarillo, cegador y hostil.

Un caracol y varias babosas deslizan sus cuerpos por entre las plantas, comiendo ora aquí, ora en aquella otra planta de flor violácea. De entre un matorral grande y frondoso aparece una especie de animal que camina sobre sus dos patas traseras y se ayuda con sus dos delanteras. Parece que algo le molesta entre el pelo que le cubre el cuerpo ya que

está rascándose insistentemente. Pero, de repente, el caracol llama su atención y lo coge con sus manos, lo observa y lo lame, tratando de descubrir si puede comérselo.

El Niño Cabrón esboza una sonrisa maledicente y prosigue su disertación.

—Parece mentira. Fíjate en ese simio. Para que pueda apreciar la ilusoria sensación del paso del tiempo es necesario que exista movimiento en la materia.

El mono coge una piedra, coloca el caracol sobre otra y, de un golpe seco, machaca la concha que lo protege. Después extrae el bicho de entre los fragmentos y se lo come.

—También necesita movimiento en el pensamiento—, prosigue el Niño Cabrón. —Aunque el de éste sea un tanto peculiar.

—¿Qué quieres decir?—, cuestiona el Niño Maldito.

—La materia, por definición, es una sustancia extensa e impenetrable capaz de recibir todo tipo de formas. Parece ser "algo" que ocupa un espacio e impide, por lo general, que otro "algo" ocupe ese mismo lugar. Pero si nos adentramos en su composición, nos damos cuenta de que la mayor parte de ella es espacio vacío, quedando tan sólo una ínfima y casi inapreciable porción de verdadera materia, en la que mejor no deberíamos aventurarnos a entrar. La realidad es, en el fondo, sólo un movimiento de fuerzas que interactúan entre sí ofreciendo a la conciencia la sensación de consistencia.

—¿Y el pensamiento?

—Es más enrevesado. Como un círculo vicioso o el pez que se muerde su propia cola. Gracias al pensamiento tenemos conciencia de la realidad. Pero si recuerdas lo que acabo de decirte, la realidad es tan sólo un conjunto de fuerzas, un vacío aparente que amalgama en sí lo que damos en llamar física, química, biología, sociología, enfermedad,... En suma, lo que en última instancia nos proporciona la cualidad de pensar.

—Me recuerda—, inquiera el Niño Maldito, —a lo del huevo y la gallina. Creo que tu teoría posibilita un imposible imposible de posibilitarse.

»Imagínate asomado a la barra de un bar noctámbulo, aburrido y sordo. Junto a ti alguien dice: “¡Oye, Cabrón, acércate que quiero decirte algo!”. La música del lugar impide que te des perfecta cuenta de lo que has escuchado y...

»¡Coño!, déjame que ahora ponga yo las premisas. Es sólo cuestión de imaginar, y es una botella de cerveza, medio llena, medio vacía, la que quiero que hable, la que deseo que se comunique contigo en un garito nocturno.

»Por tanto, estábamos en que no te das por aludido—, continúa el Niño Maldito. —Repentinamente sientes que la sed te orada el gaznate y acudes a las bebidas que se agolpan en la barra. Coges tu botella de cerveza y la acercas a tus labios. Pero no llegas a beber de ella porque, de manera hartamente sorprendente y con aparente simpleza, te dice “no soy porque no soy”. Te sientes anonadado y sacudes la cabeza para librarte del absurdo de la situación, e incluso comentas “¡¡¡¿Cómo?!!!”, alarmado y aparentando no haber entendido la frase. Pero no seas tan listillo: la has comprendido perfectamente y lo que enturbia tus sentidos no es tanto el que una botella que tienes entre las manos se ponga a hablarte, que de hecho ya es bastante extraño, como el que lo que te diga es que no es.

»¿De qué te asombras entonces, si no hay nadie que te hable, si la misma botella te dice que no existe? Pero para que haya algo de verdad en esto, esa botella que tienes agarrada, que te dice no existir, ha de mentirte, o si no ¿qué te llevaría a pensar que no es si, no siendo, la botella no estuviera para decírtelo?

—Descuida, Maldito, que no me alarmaría como crees. La botella no existe de esa forma que tú llamarías ‘real’, pero su proposición es correcta. Se crean dos fantasmas y ambos existen: la botella que niega y la botella negada.

El animal que antes se comió al caracol ha tenido descendencia. Y tras sus hijos, nuevas generaciones han ido poblando amplias zonas de

la superficie del planeta. Algunos, agrupados en pequeñas comunidades, han construido con sus propias manos curiosos cobertizos que les protegen de eventuales lluvias. Con cada nueva descendencia, parece que caminan más erguidos y que su pelo recubre cada vez menos zonas de su cuerpo.

—Entonces— se interroga el Niño Maldito, —todo lo posible y todo lo imposible ¿existe?

—Sí y no. Todo lo que pueda ser imaginado, posible o imposible, comienza a existir desde el mismo momento en que se piensa en ello. ¿Puede imaginarse algo que sea imposible? La pregunta se transforma en concepto y otorga el rango de existencia a la imposibilidad.

»Claro que las formas destruirían estas ideas, ya que el diafragma por el que observan la realidad está excesivamente cerrado y toca mortalmente a la existencia.

—Ahora sí que no te entiendo.

—Ni lo necesitas, porque no existes.

—¡¡¡Maldición!!! ¿Bromeas?

—Nuestra conversación— profiere el Niño Cabrón —carece de sentido por cuanto tú, la FORMA, no puedes comunicarte conmigo, el MODO. Y yo no puedo dotar a mi sustrato de movimiento porque carezco de ello.

—Entonces, ¿por qué estoy hablando contigo?

—Para negarte.

—Quieres decir...

—Que no existes.

—Y si no existo...

—No existe nada. No existe todo. No existe el mundo.

Uno de los seres antropomorfos que deambulan por la zona, se aleja de sus semejantes y se sienta sobre una roca en lo alto de una colina. Parece meditar sobre lo que observa y, de repente, inquiere dirigiéndose a los Niños:

—¿Quiénes sois vosotros?



El Niño Cabrón abre sus brazos extasiado con lo que acaba de oír al prohombre. Dirigiéndose al Niño Maldito y con el ceño fruncido por alguna preocupación resuelta completamente, le dice:

—Desaparezcamos. Pronto nos pondrán nombres y empezaremos a existir.

Y concluye:

—La realidad es solamente un cuento... u otro.

Fin

LA IGNORANCIA



LA IGNORANCIA  
LIBROS



[www.laignoranciacreacion.com](http://www.laignoranciacreacion.com)